
SUISEN,
el gato de Gôro
Aki Shimazaki
Traducción de Íñigo Jáuregui
Nørdicalibros

SUISEN

EL GATO DE GÔRO

AKI SHIMAZAKI

Traducción de
Íñigo Jáuregui



Título original: *Suisen; L'Ombre du chardon, 3*

Edición en ebook: octubre de 2023

C/ Fuerte de Navidad, 11, 1.º B
28044 Madrid (España)
www.nordicalibros.com

ISBN: 978-84-19735-64-5

Diseño de colección: Diego Moreno
Maquetación: Diego Moreno
Corrección ortotipográfica: Victoria Parra y Ana Patrón
Composición digital: leerendigital.com

Me miro en el espejo insertado en la puerta del armario.

Examino mi corbata a rayas amarillas de seda fina. Me queda muy bien, aunque es un color poco frecuente para mí. Es un regalo que me hizo Yuri K. el año pasado por mi cincuenta cumpleaños. Esta actriz es mi amante favorita.

Mi reloj marca las seis y veinticinco. Dentro de un rato debo ir a buscar a mi hija a la residencia universitaria. Esta noche me acompaña a una recepción de la productora H., cuya estrella será Yuri. Hace poco ha ganado un premio prestigioso por su papel de madrastra en la película titulada *No te vayas nunca, mamá*. Yuri todavía no conoce a mi hija, de modo que se quedará sorprendida por su presencia.

Estoy impaciente por encontrarme de nuevo con mi amante, a la que no he podido ver en los últimos dos meses. Ella estaba en Okinawa para el rodaje de su próxima película. Esta larga ausencia me ha frustrado mucho y me ha hecho darme cuenta de hasta qué punto podía echar de menos su cuerpo sensual. Tras la recepción de esta noche, le propondré pasar la noche en nuestro *love-hotel* habitual y ella estará encantada.

Yuri es una mujer en la cúspide de su belleza. Estoy orgulloso de tenerla como amante, pero también celoso de los actores que trabajan con ella, en particular los jóvenes. Tras años de carrera, por fin ha conseguido este premio. Convencido de que algún día se convertiría en una estrella, la ayudé económicamente, sobre todo al comienzo de nuestra relación. Fui yo quien la presentó al presidente de la productora H., uno de mis clientes más importantes. Yuri me lo debe todo. Espero que siga soltera el mayor tiempo posible, pero aun si se casa, continuaremos nuestra relación amorosa.

Releo por un momento la tarjeta de invitación dirigida a «Señor y señora Kida» y mis labios se crispan.

Yuri nunca ha visto a mi mujer y no tiene ninguna gana de conocerla. Al recibir la tarjeta, la llamé al móvil cuando aún estaba en Okinawa.

—¿Por qué también a mi mujer? —le pregunté—. Sabes bien que no le gustan las fiestas.

Yuri me respondió:

—Os la mandó el productor. No es más que una fórmula de cortesía. Puedes venir con quien quieras, o bien solo.

—No te alegrarías si me presentara allí con mi mujer —le repliqué en tono burlón.

La recepción empieza a las siete, así que tengo que salir ya. Mientras me pongo la chaqueta, oigo que suena el móvil. Es mi hija Yôko. Le pregunto sin más preámbulos:

—¿Estás lista?

—Sí, papá —responde rápidamente—. Estoy deseando conocer a Yuri K. Ha hecho un trabajo excelente en su papel de madrastra. Me encanta el niño pequeño, también es estupendo.

—¿Te gusta esa película?

—¡Pues claro! ¿Y a ti, papá?

—No la he visto.

—¿No? ¿Y cómo así?

—Para empezar, el título no me gusta. *¡No te vayas nunca, mamá!* Es demasiado sentimental.

Mi hija se ríe. Su buen humor me alegra y exclamo:

—¡Estoy contento de que al final salgas conmigo!

Su madre está al corriente de la recepción de esta noche. Fue ella quien le pidió que me acompañara en su lugar.

—No puedo perderme una ocasión así —prosigue Yôko—. Yuri K. es ahora una actriz muy famosa. ¿Cómo la conociste?

Sonrío sin querer.

—Es amiga de uno de mis clientes. Gracias a mí pudo conocer al presidente de la productora H. Ambos me deben su éxito, así que esta noche nos tratarán bien.

—¡Date prisa, papá! —me corta—. Te espero a la entrada de la residencia.

Me apresuro a añadir:

—Lleva la cámara…

Yôko cuelga antes de que pueda terminar la frase. Eso me molesta, pues me gustaría que en la recepción hiciera fotos bonitas de Yuri y de mí. Tiene una cámara de buena calidad, que le compré hace poco.

La casa se halla en completo silencio. La tranquilidad siempre me hace sentir incómodo. Es sábado.

Mi mujer está pasando este fin de semana en el campo. Mi hijo Jun, el hermano pequeño de Yôko, ha salido a ver una película con sus primos, el hijo y la hija de mi media hermana Aï. Luego dormirá en casa de estos y mañana volverá por la tarde, como de costumbre. No me gusta que Jun vaya a casa de Aï. Sin embargo le dejo hacer, pues me gusta aún menos que ande de noche por la ciudad con sus compañeros, a los que no conozco.

Me miro otra vez en el espejo.

La chaqueta azul oscuro, la camisa blanca y la corbata a rayas

amarillas me sientan de maravilla, sobre todo la corbata. Yuri estará encantada. Al tocarme la mejilla bien afeitada, preveo una foto cautivadora de nosotros dos, como una pareja perfecta.

De pronto, detecto algunas canas en mi sien derecha. Las examino de cerca: «No puede ser…». Me acuerdo de mi padre, muerto a los sesenta y un años. Su cabello se mantuvo negro hasta el final. A mi edad, no me haría gracia tener la cabeza blanca. Mientras me acaricio el pelo, murmuro: «Más vale ser calvo».

Apago la luz y salgo de mi habitación. El silencio me ahoga.

Bajo la escalera. De pronto, me viene a la mente la imagen de Sayoko. Me quedo parado en el rellano intermedio. Era una chica con la que había salido hasta la víspera de mi boda. Iba a un instituto nocturno al tiempo que trabajaba durante el día en una verdulería. Me había olvidado completamente de su existencia.

Sayoko también me regaló una corbata. Recuerdo que tenía flores de *suisen* estampadas en la tela azul oscuro, del mismo color que la chaqueta que llevo hoy. Incómodo con ese patrón femenino e infantil, así como por el tejido barato, nunca me la puse. Debí de arrumbarla en alguna parte.

En la entrada, me calzo mis zapatos negros más elegantes y apago la luz. En la oscuridad, aún me desasosiega el recuerdo de Sayoko. La cara sonriente y despreocupada, como la de una niña protegida y feliz. Me vienen a la mente sus palabras: «Gorô, eres un niño herido». Instintivamente, sacudo la cabeza para ahuyentar esos pensamientos.

Al salir de casa, me obligo a pensar en Yuri, actriz espléndida y famosa, digna enteramente de mi estatus de presidente.

La vida me va muy bien en general.

Soy el presidente del *sakaya* Kida, una empresa que importa alcoholes de primera calidad y además destila un *whisky* reputado. Tenemos más de trescientos empleados. Nuestros negocios marchan bien a pesar de la recesión. Confío en mantener este puesto hasta una edad avanzada. Eso es lo más importante para mí y también lo mejor para nuestra compañía.

Mis padres ya no están entre nosotros. Si vivieran, mi padre tendría ochenta y un años y mi madre, setenta y seis. Ella murió de un cáncer de útero cuando yo tenía tres años. Un año más tarde, mi padre se volvió a casar y siguió trabajando de firme con su nueva esposa, pero a los sesenta y un años murió de una crisis cardíaca.

Mi madrastra ahora tiene ochenta años. Activa y ambiciosa, se mantiene como administradora.

La empresa fue fundada por mi abuelo paterno aquí, en Nagoya, al poco de acabar la guerra. Al principio no era más que una pequeña tienda de cervezas y de sake. Más tarde, mi abuelo se puso a vender al por mayor a los organizadores de eventos, tales como las grandes fiestas regionales en los alrededores de Nagoya. Sus ventas subieron como la espuma. Luego empezó a importar licores europeos de primer orden. Los embalaba en cajas elegantes para regalar, lo que tuvo mucho éxito.

Mi padre, el único varón de la familia Kida, sucedió naturalmente a mi abuelo. Tenía ideas originales, una detrás de otra, y la empresa se expandió. Fue él quien puso en marcha la destilería de *whisky*. El número de empleados aumentó rápidamente. Siendo el único hijo varón de la familia, era normal que yo me convirtiera en el presidente. Tras haber estudiado Comercio, entré oficialmente en la compañía.

Cuando mi padre cumplió sesenta años, le pedí que me preparara para sucederle. «Solo tienes treinta años —me respondió—. Espera un poco». Un año más tarde falleció y, desde entonces, estoy al frente del *sakaya* Kida.

Su muerte repentina me perturbó. No fue a causa de su marcha prematura ni de mi edad precoz para convertirme en el jefe de la compañía. Temía que mi padre hubiera designado como sucesor a alguien que no fuera yo, a su segunda mujer, por ejemplo, que había sido su socia desde que se casaron. En ese caso habría sido posible que ella legara un día la presidencia no a mí, sino a su hija Aï, y yo no habría podido soportar semejante situación.

En esa época, hace veinte años, Aï tenía veintiséis. Madre de dos hijos, trabajaba también en el *sakaya* Kida, concretamente en el departamento de planificación. Mi padre la adoraba. «Aï es inteligente y brillante como su madre. Siempre tiene buenas ideas como su abuelo», repetía. Cuando corrió el rumor de que pensaba en ella como su futura sucesora, me puse furioso. Fue por eso por lo que le pedí que me preparara desde ese momento para reemplazarlo.

Tras el funeral, supimos que mi madrastra heredaba la mitad de las acciones del *sakaya* Kida y que el resto quedaba dividido a partes iguales entre Aï y yo. Según el abogado, el testamento respetaba la ley y era plenamente válido.

Yo temía que mi madrastra se pusiera al frente de la empresa. Mientras ella cavilaba sobre el futuro, traté de convencerla:

—Siendo el único hijo varón, soy yo quien debe tener el cargo de presidente y más de la mitad de las acciones.

Ella me escuchaba en silencio. Insistí en la importancia de que la imagen de la compañía se asociara a mi nombre de pila masculino: la mentalidad de Japón, especialmente en Nagoya, es muy conservadora y poco favorable a las mujeres de negocios. Al verla dudar, repetí:

—Confía en mí. Trabajaré con más tesón que nunca.

—Tienes razón, Gorô —respondió finalmente—. Lo importante es la estabilidad de nuestra empresa. Puedes ocupar el puesto de presidente. Nos ayudaremos mutuamente, como hicieron tu padre y tu abuelo, para que el *sakaya* Kida prospere.

Me sentí aliviado. No obstante, ella conservó la mitad de las acciones.

Durante los últimos veinte años, siempre se ha mostrado cooperadora. Las ventas de nuestra marca de *whisky* empezaron a subir y el nombre y la imagen del *sakaya* Kida se han vuelto más sólidos que nunca.

En mi casa, todo marcha bien igualmente.

Mi hijo Jun, de dieciocho años, está en el último curso del instituto. Es el futuro heredero del *sakaya* Kida. Empezará la universidad el año que viene. Todavía no ha elegido carrera, pero yo le insisto para que estudie Economía o Comercio. Primero me ayudará y cuando me jubile, me sucederá. Espero que tenga tanta envergadura como yo.

Mi hija Yôko está en tercer año de universidad, donde cursa estudios de Música Clásica y Piano. Dotada para las lenguas, habla bien inglés y español. Guapa e inteligente, ya tiene muchas ofertas de *miaï*. Todos los candidatos proceden de buenas familias y yo elegiré un yerno digno de nuestro apellido.

Por otro lado, Yôko tiene un carácter demasiado fuerte, muy

diferente al de su hermano pequeño. Me gustaría que fuera más femenina. Por suerte, no le interesan los asuntos de la empresa. Desde el año pasado vive en la residencia universitaria. Espero que no salga libremente con chicos, como las demás chicas de su generación.

Mi vida conyugal también transcurre satisfactoriamente. Mi mujer ha de estar orgullosa de mí: rico, amable y generoso. Vivimos juntos desde hace veintitrés años sin ningún problema particular. Ella no sabe lo de mis amantes. Poco importa. Para mí, esas relaciones extraconyugales no son más que aventuras y no tengo intención de divorciarme, pase lo que pase, pues el divorcio es una deshonra.

Soy sensible a la belleza. En este momento, aparte de la actriz Yuri, tengo otra amante, O., una viuda. Acostumbro verme con dos, por lo menos. No siento remordimientos. Es la prerrogativa de los hombres viriles y poderosos, y hay que aprovecharse. Necesito amantes para que nuestro matrimonio permanezca estable.

Frecuento a mucha gente mundana, en especial a famosos: actores, escritores, periodistas, políticos. Coincidimos en bares o fiestas. Juego al golf con ellos regularmente. Se trata de relaciones públicas, indispensables para la empresa, por lo que está bien que yo sea de natural sociable.

También se me da bien organizar reuniones. La gente con la que me pongo en contacto raramente declina la invitación. Cada año, invito a antiguos compañeros de primaria, del colegio y del instituto. Me gusta especialmente la reunión de la escuela primaria T., que, por cierto, aún existe en la pequeña ciudad donde crecí. Empecé estas actividades el mismo año que me convertí en presidente. Todo el mundo admira mi éxito y aprecia mi generosidad.

Así pues, llevo una vida satisfactoria. Será perfecta cuando mi madrastra se retire por completo de la dirección y me pase sus acciones para que yo sea el socio mayoritario.

Ya está oscuro y se pone a llover.

Mi hija y yo llegamos al hotel N., donde tiene lugar la recepción de la productora H. Estoy alborozado. ¡Por fin voy a ver nuevamente a Yuri! Para mi sorpresa es un hotel banal, muy alejado de la imagen que me hacía de él, por lo que me siento insultado.

Yôko está muy bella esta noche. Lleva un ves-tido verde amarillento que veo por primera vez. Seguramente se lo ha comprado su madre. Ese color va bien con mi corbata a rayas amarillas. Advierto que últimamente mi hija se ha puesto más guapa y femenina que antes. Estoy orgulloso de presentársela a Yuri y sé que congeniarán.

Antes de nada, Yôko quiere dejar su impermeable y su bolso en el guardarropa.

—Has traído tu nueva cámara, ¿no?

—¿La que me compraste?

—Sí.

—No, papá.

—¿No? ¿Y eso?

La miro de reojo y ella me responde sin embarazo:

—Es un objeto pesado y de gran valor. No me gusta llevarlo encima, sobre todo en un lugar tan concurrido.

Su brusca respuesta me irrita. Debí habérselo preguntado cuando fui a recogerla a la residencia universitaria.

—Querías que te hiciera fotos con Yuri K., como las que decoran tu salón y el despacho, ¿verdad?

Lo ha adivinado, y eso me escuece.

En mi casa y en la oficina, exhibo las mismas fotos: yo con el periodista N., con el escritor U., con el actor S., con el político K., con el embajador de Italia R. Todas esas fotos se hicieron en bares de alto copete. Quienes me visitan se quedan impresionados de mi popularidad y yo esperaba añadir una con Yuri K.

Sonrío forzadamente.

—La verdad es que no. Solo que me gustaría tener una con el presidente de la productora H.

La sala de eventos ya está llena con los numerosos invitados. Hay un estrado situado contra la pared. La gente no me resulta familiar y no identifico a los periodistas. Por otra parte, nadie viene a recibirme. Un joven nos reparte a cada uno el programa: «La hermandad de Aïchi». Le pregunto dónde está el presidente H. «*Shachô* no se

encuentra aquí esta noche», responde.

Descontento, leo el programa. Primero escucharemos la canción de la película *No te vayas nunca, mamá*, seguida de un breve discurso del director S. y, por último, una charla con los actores principales.

—¿Hay periodistas? —le pregunto al mismo hombre.

—No, porque la productora ya dio una rueda de prensa en Tokio.

Estoy sorprendido: «¿Ningún periodista, ni tampoco el presidente H.?».

Otra decepción. Pero, después de todo, no tiene importancia. Es una buena ocasión para entablar relaciones y a mí se me da bien trabar conversación con cualquiera.

—¡Papá, estoy deseando ver a Yuri K.!

Los invitados charlan animadamente, con una copa de alcohol en la mano. La mayoría lleva ropa más bien informal. Algunas mujeres van vestidas con kimonos de gala. Tomo un vino blanco. Ligero y seco, no tiene mal sabor pero no es de calidad. Yuri debería haberle mencionado nuestras marcas al organizador de la velada. Yo habría podido suministrarle excelentes vinos con descuento.

Observo a mi alrededor. Yuri sigue sin aparecer. No hemos hecho el amor desde nuestro último encuentro, pues ella tenía prisa por marchar para su rodaje en Okinawa. Pienso en su cuerpo sedoso y sensual. Después de esta recepción, debo llevarla como sea a nuestro *love-hotel* habitual.

Yôko está hablando con una joven que atrae inmediatamente mi atención por su refinado vestido azul. Tiene el acento de Mikawa, donde Yuri se crio. Se ríe mientras escucha a mi hija. Su sonrisa y su mirada son seductoras. Debe de rondar los treinta y pocos. Cuando me acerco a ellas, Yôko me presenta:

—Este es mi padre.

La joven, que se llama S., se inclina ligeramente.

—Encantada. Qué hija tan agradable tiene usted.

—Gracias. Esta noche me acompaña en lugar de mi mujer. Mi esposa y yo somos amigos de la actriz Yuri K.

Abre los ojos, sorprendida. Yôko le cuenta que soy el presidente del *sakaya* Kida. Sonrío mientras S. exclama, con aire maravillado:

—¡Es un honor conocerlo, *Shachô-san*! Todo el mundo admira el dinamismo de su empresa.

—Señora, es un placer conocer a una mujer tan guapa como usted. Su marido estará orgulloso de su belleza.

—Me sonroja. Por desgracia todavía no estoy casada.

—¡Ah, pues mejor para los hombres solteros! ¡Pero qué pena para los que ya están casados como yo!

Se ríe de manera encantadora. Rápidamente le tiendo la mano y

ella me ofrece la suya sin vacilar. En lugar de estrechársela, se la beso. Se sonroja pero parece contenta. Viendo que eso la ha halagado, le doy una tarjeta de visita, que ella guarda cuidadosamente en el bolso. En ese momento, un hombre algo mayor que ella viene hacia nosotros. Me fijo en su corbata a rayas como la mía, pero rosa pálido. Se inclina hacia mí y S. me lo presenta:

—Este es mi hermano.

Lo saludo levantando mi copa de vino.

—Encantado. Tiene usted una hermana de una belleza extraordinaria.

S. me mira de reojo y yo le sonrío como si le dijera secretamente: «Me gustas mucho. Espero volver a verte». Nos presenta, a Yôko y a mí, a su hermano. Este me mira, muy sorprendido.

—¡Usted es el presidente del *sakaya* Kida!

S. añade:

—El señor y la señora Kida son amigos de la actriz Yuri K.

Su hermano sigue asombrado. Debe de envidiarme. Antes de que abra la boca, le suelto con orgullo:

—El presidente de la productora H. es uno de mis clientes. Fui yo quien le presentó a Yuri K., y también quien descubrió su talento como actriz.

Él me da la mano y dice:

—Señor Kida, es un honor para nosotros conocerlo.

Sonrío, satisfecho.

—Me encanta el *whisky* Kida —continúa—. Antes no me gustaba mucho ese licor, pero el suyo tiene un sabor japonés, más dulce, y lo bebo regularmente.

—Es un placer oír un elogio como ese. Hicimos un montón de pruebas.

Con gesto admirado, me hace más preguntas y yo le respondo con seguridad. S. nos escucha en silencio. Mi hija ha desaparecido sin yo darme cuenta. Tal vez se haya ido al baño.

Momentos después, comienza a escucharse un violín. Alguien lo está tocando en un rincón de la sala. S. me dice que es el tema principal de la película. Observo al músico que está de pie, a la izquierda del estrado. A su lado, una cantante, con el micro en la mano, entona:

> *En el campo de* suisen, *bailas mientras me acunas.*
> *En tus tiernos brazos, miro tu dulce sonrisa.*
> *Tu cara es como el sol.*
> *¡No te vayas nunca, mamá!*

La melodía se repite al violín mientras la cantante invita al auditorio a cantar con ella. Todo el mundo tararea, excepto yo. Es demasiado infantil.

Yôko se reúne de nuevo con nosotros y se pone a cantar como si se supiera la letra de memoria. La palabra *suisen* me recuerda la corbata que me regaló Sayoko, la estudiante pobre a quien no he vuelto a ver desde mi boda. Veo de nuevo su sonrisa despreocupada. Fastidiado, sacudo la cabeza.

Cuando el coro infantil por fin termina, una mujer en traje de chaqueta sube al estrado. Se inclina hacia el micro y se dirige al auditorio:

—¡*Yattokame*, señoras y señores! Bienvenidos a la recepción de la hermandad de Aïchi.

Todo el mundo se ríe al oír ese dialecto. La presentadora explica que la actriz Yuri K. y el director S. son originarios de la región de Mikawa y que han decidido organizar aquí la recepción para dar las gracias a sus familias y amigos. Llueven los aplausos.

El director S. comienza su discurso. Cuenta anécdotas relacionadas con el rodaje de la película. Repite sin cesar el nombre de Yuri. A continuación, la mujer en traje de chaqueta presenta a los actores y actrices principales. Primero sale un niño pequeño. Todos exclaman: «¡Qué niño tan mono!». Le siguen los otros.

Cuando Yuri aparece finalmente, los aplausos se redoblan. Lleva un kimono de gala. Sonriendo, se inclina hacia el auditorio, que grita: «¡Bravo, Yuri!». El color rosa pálido de su estiloso kimono realza su sensualidad. Su belleza me deja anonadado. Nunca la he visto tan seductora. Mi cuerpo está completamente excitado. Esta noche he de acostarme con ella como sea.

Termina la recepción.

Tras abandonar el hotel N., mi hija y yo nos dirigimos hacia el aparcamiento para coger de nuevo el coche. Ha dejado de llover y yo camino en silencio.

—¿Estás enfadado? —me pregunta Yôko.

—¿Enfadado? ¿Por qué motivo?

—Porque no traje la cámara a la recepción. Querías añadir fotos tuyas con famosos a tu colección.

Me río a propósito.

—¡Ah, eso! No pasa nada. Lamento incluso haber asistido a este acto.

—¿Lo lamentas? ¿Por qué?

—Me decepcionó que el presidente de la productora H. no estuviera allí. Es un cliente muy valioso para la compañía.

Llegamos al aparcamiento. Primero debo llevar a mi hija a la residencia universitaria. Subimos al coche sin decir nada.

Lo que me molesta no es el olvido de la cámara ni la ausencia del señor H., sino la negativa de Yuri, que no me esperaba en absoluto. Estaba decidido a pasar la noche con ella. Una ocasión perfecta ahora que no hay nadie en mi casa. No obstante, Yuri declinó mi propuesta al tiempo que se excusaba:

—Lo siento, Gorô. Mi tía está muy grave. Sufre un cáncer terminal, así que debo ir a verla.

No tengo ganas de volver a casa enseguida. ¿Tal vez podría matar un poco el tiempo con mi hija en alguna parte?

—Yôko, ¿qué tal si vamos a un *izakaya*? —le pregunto—. Debes de tener hambre.

—No, papá —responde sin mirarme—. Tengo que ensayar al piano. Pronto tendré los exámenes.

—¿Tan tarde?

—¿Por qué no? Tenemos acceso a salas insonorizadas. Podemos utilizarlas a cualquier hora.

—Bueno, me alegra que seas estudiosa.

Se vuelve hacia la ventana.

Antes de mudarse a la residencia universitaria, Yôko quería vivir sola en un apartamento. Yo no estaba en absoluto de acuerdo. Soy yo quien paga su carísima universidad privada. Mi mujer me sugirió enviarla a la residencia para chicas de su campus, famosa por sus

reglamentos estrictos. Acepté a regañadientes, a condición de que Yôko vuelva a casa cuando haya terminado sus estudios.

¿Qué puedo hacer esta noche? Está descartado reunirme con mi mujer en el campo, donde se quedará hasta mañana por la noche. Pienso en mi otra amante, O., que debe de estar en su casa. De pronto, mi hija me pregunta:

—La abuela me ha dicho que tú eras buen pianista. ¿Es verdad?

Habla de mi madrastra, con quien mis hijos no tienen lazos de sangre.

—Pues sí —respondo, orgulloso—. Incluso gané algunos premios.

—¿De veras? ¿Hasta qué edad lo tocaste?

—Hasta los trece años, puede que catorce.

—¿Por qué lo dejaste?

—Le perdí el gusto de repente. Quería hacer deporte, como la mayoría de mis compañeros.

—Según la abuela, si hubieras practicado tanto como la tía Aï, habrías sido profesor de piano.

Esos comentarios no me hacen ninguna gracia, pues odio que me comparen con mi media hermana.

—¿En vez de ser presidente? —digo, en tono de burla.

—Pero tu sueño era enseñar en la universidad e incluso llegar a ser *kyôju*, ¿no?

—¿Quién te dicho eso?

—La abuela, también.

—¡Habla demasiado!

Aï empezó a tomar clases de piano a la edad de tres años, al mismo tiempo que yo, que tenía ocho. Fue idea de mi madrastra. Evidentemente yo hice progresos más rápidamente que ella, mucho más pequeña. Siempre tenía ganas de ir a casa de nuestra profesora, que repetía: «Señora Kida, Gorô trabaja duro. Nunca olvida sus deberes. Es un excelente modelo para su hermana». Muy orgulloso, seguía sus lecciones diligentemente y empecé a participar en concursos que se organizaban en Nagoya. Solía ganar la medalla de plata o de bronce.

—Es una pena que nunca hayamos tenido la ocasión de oírte tocar —prosigue Yôko.

Me quedo callado mientras me viene a la mente un recuerdo amargo.

Cuando tenía trece años, mi madrastra nos presentó a un nuevo profesor de piano, famoso en Nagoya, que me dijo: «Gorô, se te da bien la técnica y comprendes la teoría, pero debes tocar con el corazón. Escucha a Aï. Ella se divierte como si cantara y bailara».

Me quedé desconcertado: «¿Tocar con el corazón? ¿De qué

habla?».

Yôko me sonríe.

—Mamá y tú no me obligasteis a tocar el piano, y os estoy agradecida.

—No tienes por qué, cariño.

—¿Sabes por qué elegí ese instrumento?

—No.

—Cuando tenía cuatro años, oí a la tía Aï al piano. Me emocionó su manera de tocar, la belleza de la música y, sobre todo, sus gestos elegantes. Era una pieza de Chopin. Mientras la escuchaba, yo bailaba a su alrededor. Luego le pedí a mamá que me apuntara con una profesora de piano.

No digo nada. Yôko pregunta de nuevo:

—Y a ti, papá, ¿tus padres te obligaron a estudiar Comercio?

—No. Fue mi elección, como en tu caso.

—Eran abiertos.

—Ah, desde luego.

—Espero que tú también aceptes la elección de Jun.

—Optará por Economía o Comercio. Es evidente, ya que ha de ser el próximo jefe de mi empresa.

Yôko sigue hablando, pero ya no la escucho porque pienso en Yuri.

En la recepción, Yuri no dijo gran cosa sobre mí en los agradecimientos, como si yo fuera un conocido más. Ni siquiera mencionó que soy el presidente del *sakaya* Kida. Además, se mostró distante conmigo. Cuando le presenté a mi hija, se limitó a decir: «Encantada, Yôko. Gracias por haber visto la película». Lo peor es que declinó mi invitación a pasar la noche juntos.

Tengo un poco de hambre. En la recepción no comí casi nada. Sirvieron aperitivos occidentales, que no me gustan mucho, sobre todo el queso.

Decido ir a casa de O.

—Papá, ¿qué vas a hacer ahora? —me pregunta Yôko.

—Voy a ir al bar de siempre antes de volver a casa.

—Espero que no bebas mucho. Mañana es domingo. ¿Piensas ir al campo con mamá?

—No. Es su tiempo de descanso. Allí pinta a su capricho y no quiero molestarla.

Mi hija sonríe.

—¡Qué marido tan comprensivo!

—Tú te casarás dentro de unos años —le digo, finalmente de buen humor—. Encontraré un hombre que te hará feliz. Como nosotros, debes formar una familia ideal.

—Eres muy amable, papá, pero lo elegiré yo misma. ¿Sabes que los jóvenes de hoy prefieren quedarse más tiempo solteros?

—No digas tonterías, Yôko. La felicidad de las mujeres reside en el matrimonio.

No responde, pero empieza a tararear la canción que escuchamos en la recepción. «En el campo de *suisen*, bailas mientras me acunas. En tus tiernos brazos, miro tu dulce sonrisa…». De nuevo pienso: «¡Qué letra tan pueril!».

Llegamos a la residencia universitaria. Antes de salir del coche, Yôko me echa una mirada irónica.

—Papá, eres raro.

—¿Por qué?

—En la recepción besaste la mano a una chica.

—Era encantadora. ¿Por qué no?

—Es un gesto de aristócrata europeo. Podrían considerarte un *playboy*. Tal vez cuadre con una chica de alterne, pero no en un sitio como ese. Me dio vergüenza.

Sus comentarios me hieren, así que la ignoro.

—Mamá nunca ha visto a la actriz Yuri K. —añade—. ¿Por qué dijiste que sois amigos suyos?

Ahora lamento verdaderamente haberla llevado a la recepción. En cuanto se despide de mí, marco el número de teléfono de O. Está allí, como me esperaba.

—Llegaré a tu casa en veinte minutos —le anuncio—. Prepárame pescado a la plancha con sake caliente. También me apetece una sopa de miso y arroz blanco.

—¡Por supuesto, Gorô! —responde O. sin vacilar.

Al fin aliviado, arranco el coche.

Como caballa a la plancha, mi pescado favorito. O. es buena cocinera, mejor que mi mujer. Mientras me sirve sake caliente, dice en tono de broma:

—¿Te ha dejado plantado otra amante esta noche?

Siento una punzada, pues se supone que ella no está enterada de mi historia con Yuri.

—¿De qué hablas? —respondo, haciéndome el sueco—. Tú eres mi única amante.

Sonríe.

—Verdaderas o no, tus palabras me tranquilizan.

O. nunca me ha pedido que vivamos juntos algún día, pues yo le repito que no tengo ninguna intención de divorciarme. A diferencia de Yuri, tan sensual, esta mujer no me excita demasiado. Sin embargo, está bien mantenerla para tener un lugar donde pasar el rato, como esta noche. Ella acepta recibirme en cualquier momento, aunque deba anular una cita programada con otra persona.

O. es viuda desde hace cinco años. Su marido murió de un cáncer de próstata. Era un empleado del *sakaya* Kida, destinado a tareas de contabilidad. Ella sigue trabajando como peluquera.

Termino mi cena tardía bebiendo mucho sake. Saciado con la comida japonesa, ahora tomo el té. Sentada a mi lado, O. juguetea con su taza vacía. Echo un vistazo a su rostro y pienso: «Me recuerda a alguien».

O. me pregunta:

—¿Te acuerdas del día que viniste a mi casa por primera vez?

—No, no lo recuerdo.

—Fue una semana después del funeral de mi marido.

No me gusta oír la palabra *funeral*. Sinceramente, ni siquiera recuerdo la cara de ese antiguo empleado. Según mi madrastra, era reservado y lo llamaban *aïsaïka*.

—¿Por qué hablas ahora de tu marido? —le pregunto a O.

—No lo sé. Simplemente he pensado en esa época.

Nunca había visto a O. antes del funeral. Según mi media hermana, los colegas del difunto a veces hablaban de su mujer en estos términos: «Es guapa y buena cocinera». Normalmente, cuando hay exequias por el familiar de un trabajador, la empresa envía a un directivo. Pero en aquella ocasión era el empleado mismo quien había muerto. Asistí a la ceremonia para dar el pésame en calidad de

presidente. Mi mujer me acompañó, lo que era algo excepcional.

—Tú mismo me trajiste la indemnización por la muerte de mi marido y eso me conmovió —prosigue O., con la mirada nostálgica—. Incluso escuchaste la triste historia de mi único hijo, muerto en un accidente de coche.

No digo nada. Sinceramente no recuerdo esa escena. Sé que su hijo perdió la vida cuando tenía siete años, puesto que O. me lo ha dicho varias veces. El único recuerdo que guardo de ese segundo encuentro es que O. estaba efectivamente muy guapa y yo quería acercarme a ella si se presentaba la ocasión.

—Tú, Gorô, también me contaste la historia de tu infancia. Tu madre murió cuando tenías tres años y tu padre se volvió a casar un año después. Tras el nacimiento de tu media hermana, eras un niño solitario. Sentía mucha compasión por ti.

—¿Yo le conté algo tan personal a una desconocida? —le pregunto, perplejo.

—Sí. Aquello me emocionó. Te comportabas de manera cortés con la viuda de tu antiguo empleado. Me pareció que eras un verdadero caballero. Ese día me dijiste al besarme la mano: «Señora, si tiene problemas económicos o de otro tipo, cuente conmigo».

—¿Yo dije eso? —repito, boquiabierto.

—¡Pues claro! Es increíble que no te acuerdes.

—¿Cómo? Lo increíble es tu memoria.

En aquella época yo acababa de romper con una de mis amantes porque me pedía que me divorciara de mi mujer. Quería tener otra, y O. me parecía perfecta. Ella vivía en un apartamento de un barrio lamentable. Un año después se mudó a una casa pequeña en un lugar mucho más agradable. Fue gracias al dinero que yo le había dado.

—Me gusta ayudar a la gente en dificultad —di-go—. Es mi naturaleza, pero olvido lo que he hecho por los demás.

—¡Ah, qué sincero eras! Y un buen día de pronto me llamaste para asegurarte de que estaba bien. Eso volvió a emocionarme.

Me acaricia la rodilla. Al observar su perfil, finalmente me doy cuenta de que se parece a Sayoko, la estudiante pobre a la que había olvidado hace años. Aparto la mirada.

—Anoche vi la película *No te vayas nunca, mamá* —dice O., cambiando de tema—. ¿La has visto? La protagonista se llama Yuri K. Ganó un premio recientemente.

¡Otra vez esa película!

—No, no me interesa —respondo con tono seco.

—Qué pena. Es la historia de un niño que ha perdido a su madre. Yuri K. hacía el papel de su madrastra. Era muy conmovedor.

—No me gusta ese tipo de historias.

O. me mira con gesto burlón.

—¡Esta noche no estás de humor! ¿Hay algo que te preocupa?

—¡No!

—Cálmate, Gorô. ¿Quieres darte una ducha?

—No, ya me duché en casa.

—Ah, bien. ¿Te apetece quedarte a dormir esta noche?

Reflexiono. No hay nadie en mi casa hasta mañana por la noche: mi hijo está en casa de sus primos y mi mujer en la casa de campo. Es casi medianoche. ¿Quién me llamaría tan tarde al teléfono de casa? Si hay una urgencia, no tienen más que localizarme en el móvil.

—Sí, puedo —respondo—. Pero mañana por la mañana me iré temprano.

—¡Ah, cómo me alegra, cariño! —exclama, con tono exagerado.

La traigo hacia mí y deslizo la mano debajo del kimono para tocar su pecho firme. Ella sacude las caderas.

O. sigue enamorada de mí cuatro años después. No me imaginaba que esta historia duraría tanto. En general, me canso de una aventura al cabo de dos o tres años a lo sumo. No sé lo que siento realmente por esta viuda, pero lo que está claro es que me resulta cómodo.

Después de todo, ¿qué es el amor? Me gustan todas las mujeres que se acuestan conmigo, y punto. A las mujeres les gusta amar y a los hombres ser amados. Eso es lo que yo creo, y hay que aprovecharse.

—Mi difunto marido me dijo una vez: «Te das un aire a la señora Kida». ¿Es verdad? —me pregunta O.

Me mira con expresión medio seria. De nuevo advierto rasgos de Sayoko en su cara.

—¿A mi mujer? —respondo—. En absoluto.

Me casé con mi esposa por medio de un *miaï*. Ella tenía veintitrés años, la misma edad que mi media hermana, que acababa de dar a luz a su primer hijo. Yo tenía veintiocho.

Antes de conocerla, yo había tenido otra propuesta de *miaï*. La candidata era muy del agrado de mis padres.

—Gorô, esta chica parece muy inteligente y sensata —insistió mi padre, mientras me mostraba su foto—. Ha terminado sus estudios en la universidad C. Su familia es rica como la nuestra. Tenemos la pareja ideal.

Mi madrastra le dio su aprobación y reiteró:

—¡Además, parece muy simpática!

—¿Qué ha estudiado? —le pregunté a mi padre.

—Psicología. Va a hacer un máster en ese campo.

Me negué al instante.

—No. De ningún modo podría casarme con ella.

—¿Por qué?

—Odio a los psicólogos. Dicen todo lo que les pasa por la cabeza. Ese oficio es absurdo, inútil y hasta perjudicial.

Mi padre estaba perplejo.

—No sabía que tuvieras un prejuicio contra esa profesión. Primero debes conocerla.

—No vale la pena.

—¿Cómo?

—No quiero casarme con una chica más instruida que yo. Sigo creyendo que, para formar una pareja ideal, el hombre ha de ser superior a su mujer en todos los aspectos.

Mi padre se echó a reír.

—¡Eres tan conservador como la gente de mi generación! Tu madrastra tiene más estudios que yo, pero nos llevamos muy bien. No tengo complejos.

La palabra *complejos* me picó y repliqué:

—Soy más realista que tú en lo que se refiere al matrimonio, simplemente. Pero hay otra cosa de ella que no me gusta.

—¿El qué?

—No es guapa.

Él se rio de nuevo y mi madrastra intervino:

—Tal vez Gorô ya tiene a alguien, ¿no?

Mi padre me miró con aire inquisitivo. Yo estaba avergonzado al

pensar en Sayoko, con quien me veía desde hacía nueve meses. Me sentía a gusto con ella, pero era inconcebible que me casara con aquella estudiante que trabajaba de día en una verdulería. No se la había presentado a nadie, ni a mis amigos ni a mi familia.

—No, no tengo novia —respondí a mis padres—. Pero me niego en redondo a aceptar ese *miaï*.

Acabaron desistiendo.

Un mes más tarde, mi padre vino con otra propuesta. Esta vez la candidata era perfecta: menos instruida que yo y de familia menos rica que la nuestra, además de guapa y reservada. Tras terminar el instituto en Akita, su ciudad natal, tomó clases de pintura a la acuarela en una escuela privada. En Nagoya, trabajaba en una galería.

Inmediatamente acepté encantado ese *miaï*.

—Espero que tú también le gustes a la nueva candidata —me dijo mi padre, en broma.

—Gorô es un joven apuesto. ¿Por qué no le iba a gustar?

Les sonreí, pensando: «¿Quién rechazaría al futuro presidente del *sakaya* Kida?».

Rápidamente se concertó un encuentro entre las dos familias y me comprometí con esa muchacha de Akita.

El problema era Sayoko. Si se enteraba de mi compromiso ya no saldría conmigo, y yo no quería eso.

Me aburriría con una sola mujer. Estaba acostumbrado a tener como mínimo dos amantes a la vez, y en aquel momento no tenía más que a Sayoko. Así pues, decidí ocultarle la verdad hasta la boda.

Después de tres meses de noviazgo, nos casamos. Fue una gran ceremonia con más de quinientos invitados. Todo transcurrió sin contratiempos y nos fuimos de luna de miel a Europa.

Mi esposa es sumisa, muy diferente de Yôko. Nuestros caracteres son totalmente opuestos: yo soy sociable y ella solitaria. A ella le gusta la tranquilidad, mientras que a mí me encanta el bullicio. Naturalmente, no solemos asistir juntos a actos sociales, tales como las fiestas.

En cambio, no me olvido de acompañarla cada vez que quiere ver a sus padres, que siguen viviendo en Akita. Mis visitas les ponen muy contentos y mis suegros repiten: «Estamos felices de que nuestra hija se haya casado con un hombre tan atento como tú».

Nuestros hijos son mayores y están cada vez más ocupados por sus estudios y compañeros, así que debemos aprovechar nuestra libertad. A menudo animo a mi mujer a que viaje con sus amigas, pero ella prefiere ir a la casa de campo que compré especialmente para ella, pues disfruta pintando los pueblos y montañas.

Nuestra vida conyugal transcurre de esta manera desde el

principio. Yo salgo libremente sin ella. Mi mujer cree que todas mis salidas están relacionadas con la empresa y que se trata de relaciones públicas, lo que me resulta cómodo cuando quiero ver a mis amantes.

Veinte años de matrimonio sin una crisis. Es formidable. Estoy orgulloso de mi excelente elección.

A primera hora del día siguiente, salgo de casa de O. Es domingo. Regreso a casa antes de que vuelvan los demás: mi hijo Jun de casa de mi media hermana y mi mujer, del campo.

Al bajar del coche, diviso un gato negro que huye hacia el patio trasero. Debe de ser un gato callejero. El bicho negro me asusta, como un mal presagio. Contrariado, entro en la casa vacía.

Tengo la cabeza embotada por haber bebido demasiado sake el día anterior en casa de O. Cuando entro en la cocina para servirme un vaso de agua, me quedo sorprendido al ver a Jun.

—¡Hombre, papá!

Sentado a la mesa, toma un vaso de zumo de naranja acompañado de un trozo de queso y una salchicha. Desorientado, le respondo:

—No sabía que ya habías vuelto.

—Los primos se fueron al campo con sus padres.

—¿Ah, sí?

—Yôko me ha llamado hace un rato.

—¿Y qué?

—Me ha dicho que anoche fuiste al bar después de la recepción de la productora H.

—Eh, sí… y bebí demasiado.

—¿Has dormido en el bar? —pregunta, con ironía.

Me río y le cuento una mentira.

—¡Qué gracioso! Bebí demasiado coñac con un viejo amigo. No estaba en condiciones de conducir, así que dormí en su casa. Vive cerca del bar.

Jun me echa una mirada suspicaz. Ignorando su reacción, bebo un vaso de agua fresca.

—¿Tú qué has hecho con los primos?

—Fuimos al cine.

El hijo de Aï está en el último año de universidad, y la hija, en segundo. Jun y Yôko se llevan bien con ellos, pero yo con Aï no.

—¿Qué película visteis?

—El primo y yo elegimos una película inglesa de suspense. Era trepidante.

Entusiasmado, me cuenta la trama mientras yo bostezo.

—¿Y tu prima?

—Vio la película *No te vayas nunca, mamá*. Según ella, Yuri K. estaba impresionante.

«¡Y dale con la película!», pienso.

—La prima envidiaba a Yôko por haber hablado con esa actriz en una presentación —añade—. Me repetía: «¡Tu padre conoce a esa estrella de cine!».

No quiero hablarle a mi hijo de la recepción ni de Yuri, así que cambio de tema.

—¿Te va bien en clase?

—Sí. Pronto tendré los exámenes.

Titubeante, pronuncia el nombre de tres universidades públicas: A., B. y C., reputadas por sus programas de Ciencias y de Humanidades. Sabe que su tía Aï se graduó en Biología en A., su marido, en Química en B., y el hijo de estos está terminando la carrera de Filosofía en C. Contrariado, le pregunto:

—¿Has hablado de lo que vas a elegir con tu tía o con su familia?

—No, papá. Ha sido idea mía.

—¿Por qué no tanteas facultades famosas por estudios empresariales?

Se queda un momento callado y de pronto me suelta:

—Lo siento, pero no me interesa, mucho el Comercio ni la Economía.

—¿Pero qué estás diciendo? Esas materias son esenciales para ti. Tú eres mi heredero. En cuanto termines la universidad, asumirás tus funciones como mi brazo derecho.

—Tu padre estudió Física, tu abuelo ni siquiera fue a la universidad —protesta Jun—. Según tú, tu padre nunca te insistió para que estudiaras Comercio. Y tú dejaste que mi hermana eligiera libremente la música. ¿Por qué quieres decidir sobre mi futuro?

—Porque considero por experiencia que es bueno para ti —le razono—. Primero debes aprender esas materias con el fin de comprender mi forma de dirigir la compañía.

Se queda callado, con la cabeza gacha. Un mal recuerdo me viene de nuevo a la mente.

Suspendí todos los exámenes de entrada en las tres universidades prestigiosas en las que había solicitado una plaza. Estaba desesperado. Debía obtener al menos una licenciatura donde fuera. Finalmente fui aceptado en una escuela privada de segunda fila. Cinco años más tarde, Aï logró entrar sin dificultad en la universidad A., una de las mejores de Japón.

—Entonces, ¿qué quieres estudiar?

Jun levanta la cabeza.

—Psicología.

—¿Qué? ¡No, ni hablar! —exclamo.

—¿Por qué? —me pregunta, pasmado.

Me duele la cabeza. Sentado frente a él, le enumero las razones:

—La psicología no sirve para nada. Jung, Freud, Adler… ¿Qué cuentan? Nada, nada en absoluto. El consciente, el inconsciente, el subconsciente, el sueño. ¡Es ridículo! Un futuro presidente como tú no debe perder el tiempo con semejantes estupideces.

Jun me mira, sorprendido.

—¿Tú has estudiado Psicología?

—No, pero he leído muchos libros al respecto, y esa es mi conclusión.

No es verdad, no he leído nada sobre el tema. Me limité a repetir los nombres y términos que mencionaba Sayoko. Ella solía afirmar: «Me fascina ese campo. Me gustaría hacerme psicóloga». Yo me burlaba de sus ideas tan ridículas y poco realistas. En primer lugar, no creía que, tan pobre como era, pudiera estudiar en la universidad.

—Tú serás el próximo presidente de nuestra empresa —le razono nuevamente a Jun—. Mientras me escuches, todo irá bien. Podremos debatir mucho sobre nuestros negocios. ¡Lo estoy deseando!

Al ver que no reacciona, digo tranquilamente:

—Tu hermana tiene un carácter algo difícil. Eso no está bien, sobre todo para una chica que debe casarse con un hombre especial.

—¿Especial como tú?

Me río finalmente.

—Pues sí —digo, dándole una palmadita en los hombros—. Pero tú eras más listo que ella, ¿verdad?

Continúo sermoneándole. Él seguirá mi consejo, como siempre. Le pagaré todos los gastos académicos y, si es necesario, podrá ir al extranjero durante las vacaciones para aprender idiomas. Me escucha sin replicar nada más.

—¡Bueno! Aplícate, hijo. Tenme al corriente cuando elijas otra universidad. Debes hablar conmigo antes que nada, y deja ya de dormir en casa de tu tía.

Finalmente calmado, salgo de la cocina.

Quiero tomar una ducha enseguida. Luego, mientras disfruto de una mañana libre, prepararé las cartas de invitación para una reunión de antiguos alumnos de la escuela T. Al subir la escalera, me paro en el rellano. Por la ventana diviso al gato negro callejero que vi hace un rato. Camina lentamente hacia el trastero. Si vuelve, le diré a Jun que lo atrape y llamaré al servicio de salud pública.

Reviso la lista de antiguos compañeros de la escuela T. Aparte de mí, a día de hoy hay cincuenta y uno. Hace ya veinte años que organizo estos encuentros. Este año, quedaremos en un restaurante italiano a cuyo dueño conozco.

En la escuela T. había dos clases en nuestro curso, sesenta alumnos en total. En la primera reunión, todo el mundo estaba vivo. Cinco años después, habíamos perdido a cinco a causa de enfermedades y de un accidente de tráfico. Luego ese número se mantuvo estable durante siete años, pero últimamente cuatro personas han muerto de forma repentina.

Estas reuniones son una iniciativa mía y hago lo que quiero. Soy yo quien fija el lugar y la fecha. Al principio quedábamos en primavera o en verano, y desde hace unos años en invierno, la segunda semana de enero. Generalmente los encuentros tienen lugar aquí, en Nagoya, muy cerca del *sakaya* Kida.

Evito invitar a dos personas: Mitsuo K. y Mitsuko T. Eran *yosomono* en la pequeña ciudad de T., donde nací. Originarios de Nagoya, vivían temporalmente en T.

Mitsuo, como yo, había perdido a su madre siendo muy pequeño, y su padre se había vuelto a casar. Vino a T. para vivir en casa de su abuela, pues habían destinado a su padre a una ciudad lejana. Se quedó solamente dos años en nuestra escuela, en quinto y sexto curso. Yo intenté integrarlo en mi grupo de amigos, pero él rechazó la gentileza. Era un alumno torpe y poco sociable.

En cuanto a Mitsuko, llegó en sexto curso. Sus padres estaban divorciados. Casado en segundas nupcias, el padre vivía en T. y la madre en Nagoya. Yo no sabía lo que pasaba con su madre, pero Mitsuko vivió en T. con su padre solo un año. Puesto que nadie se acercaba a ella, también intenté ayudarla a que hiciera amigos. Sin embargo, Mitsuko declinó igualmente mi ofrecimiento y me dijo escuetamente: «No me interesa». Orgullosa, se quedaba sola todo el tiempo, como Mitsuo.

En la escuela T. todos envidiaban a mi familia: mi padre era un exitoso hombre de negocios, cosa rara en T. Yo invitaba a mis compañeros de clase a mi gran mansión, sin dejar que Aï se uniera a nosotros. Tocaba el piano y ellos aplaudían. Muy orgulloso, les enseñaba mis medallas de los concursos. Toda la clase vino a mi casa, salvo Mitsuo y Mitsuko.

Hay una anécdota famosa a propósito de ellos.

Poco antes de nuestra quinta reunión, me enteré de algunos detalles sobre su vida. Mitsuo trabajaba como redactor en la revista *N.* y Mitsuko era a la vez chica de alterne en un bar y camarera en un café. Los dos vivían en Nagoya, donde yo también resido desde los dieciocho años.

Un día, mientras almorzaba en un restaurante, reconocí a Mitsuo. Lo seguí al salir y lo llamé en la calle. Se quedó muy sorprendido por nuestro encuentro fortuito después de más de veinte años. Lo invité al bar donde trabajaba Mitsuko. Se quedó hechizado al instante por esa antigua compañera, convertida en una chica de alterne muy atractiva. Era divertido observar su reacción.

Lo más gracioso es que Mitsuo, casado y padre de dos hijos, empezó una aventura con Mitsuko. De manera anónima, yo informé a su mujer de las andanzas de su marido. Este dejó su puesto en la revista *N.* y se mudó a otra parte. El matrimonio probablemente se divorció. Yo dejé de ir a ese bar y desde entonces no he vuelto a ver a Mitsuko.

El bar se llamaba X. Su gerente, un cliente de mi empresa, me dijo una vez que Mitsuko tenía un hijo fuera del matrimonio. Como hombre responsable que soy, desprecio ese tipo de situaciones. Además, el niño era discapacitado y mestizo.

Mitsuo y Mitsuko eran los mejores alumnos de la clase en la escuela T., a pesar de lo cual no han hecho gran cosa, sobre todo Mitsuko. Me avergüenza su oficio. A decir verdad, les enviaba la tarjeta de invitación por gentileza durante los primeros cinco años, pero nunca tomaron parte en nuestros reencuentros, ni siquiera una vez.

Saco finalmente las tarjetas de respuesta que recibí ayer de la imprenta. Hay cuarenta y nueve. En la parte destinada a la respuesta figuran los detalles relativos a la reunión. El destinatario no tiene más que marcar una de las dos casillas: presente o ausente. Tengo ganas de ver a mis compañeros de aquella época. Todo el mundo me llama *shachô*. De buen humor, me pongo a escribir en cada tarjeta el nombre y la dirección de cada uno.

Estoy en la oficina.

Sentado en mi sillón grande y cómodo, observo las fotos colgadas en la pared, las mismas que tengo en el salón de mi casa. En ellas salgo con el periodista N., con el escritor U., con el actor S., con el político K., con el embajador de Italia R. Estas fotos impresionan a nuestros empleados y a nuestros clientes.

Pienso en Yuri K. Es una pena que todavía yo no tenga una foto con una estrella de cine. Ya ha transcurrido un mes desde la recepción en el hotel N. y sigo esperando su llamada. ¿Qué sucede? ¿Su tía ha muerto?

Llamo a mi secretaria para pedirle un café bien cargado.

Descansado, hojeo un periódico matutino. No hay nada particular. Leo mi horóscopo de hoy: «Tendrá un día muy tranquilo y agradable, y verá a gente que le admira». Sonrío y me digo: «¡Bien!».

Esta mañana mi madrastra se ha marchado con Aï y su marido. Han ido a inspeccionar nuestra destilería de *whisky*, situada en el pueblo de M., en la prefectura de Nagano, donde pasarán tres días. Yo debo quedarme aquí, en la oficina central, durante su visita.

Me siento muy bien cada vez que se ausentan, en especial Aï. Estoy deseando que un día se mude a M. con su marido para ocuparse de la destilería.

Mi cuñado tiene mi edad. Es químico. Tras acabar sus estudios, fue contratado por el *sakaya* Kida. Por lo tanto, Aï se casó con un empleado nuestro. Esta pareja y sus hijos llevan el apellido de la familia Kida, no el de mi cuñado, lo que no me hace ninguna gracia.

Mi padre estaba entusiasmado con la boda de Aï con dicho empleado. Asustado ante esa idea, protesté:

—¿Un empleado convertido en miembro de nuestra familia? ¡Ah, no! Eso corromperá las costumbres y la armonía de la empresa.

Mi madrastra estaba completamente de acuerdo con mi padre.

—¿Por qué no, Gorô? Ese joven es inteligente y aplicado. Están enamorados, eso es lo que cuenta por encima de todo. Nosotros estamos felices por Aï.

Me eché a reír.

—¿Enamorados? No sois realistas. Si insistís en que se lleve a cabo ese matrimonio, él debe cambiar de empresa antes de nada.

—No habrá ningún problema en que se quede —me dijo mi padre con tono tranquilo.

Peor aún, le pidió a su futuro yerno que se convirtiera en su hijo

adoptivo, y este aceptó. Ese arreglo me indignó.

Ahora me siento menos a disgusto con respecto a mi cuñado. Creo que mi padre quería que Aï y su marido gestionaran la destilería, y yo la compañía entera en calidad de presidente. Después de todo, ese arreglo no era tan malo para mí, ya que me permitía controlarlo todo en la administración. No me interesa visitar la fábrica en el pueblo M., un lugar aislado y remoto.

Deseo fervientemente que mi madrastra se retire de sus funciones lo antes posible y ser yo el único que decida. Tengo muchas ideas para mejorar la imagen de nuestra empresa, empezando por bonitos anuncios en medios prestigiosos. También en lo que respecta a la gestión, pues hay directivos de los que quiero prescindir, sobre todo los que son demasiado afines a Aï. Podría mandarlos a la fábrica con ella.

Cuando mi secretaria me trae el café, le digo:

—Señorita, informe a los directivos de que hoy los invito a almorzar en el restaurante D., a mediodía.

—Por supuesto, *shachô*.

Me gusta esta joven tan dócil. Ojalá Yôko fuera como ella.

—Usted también puede venir con nosotros. Es aburrido comer sin la presencia de una mujer tan guapa como usted.

Ruborizada, responde:

—Ah, es muy amable, *shachô*. Será un placer acompañarlos.

Esta noche voy a casa de un político famoso, que celebra su cumpleaños. Divorciado, vive solo. Me ha anunciado que, aparte de mí, todos sus invitados son solteros y que la mitad son mujeres, lo cual me incita. Está previsto que la fiesta comience a las ocho.

Después de la cena, mi mujer me pregunta:

—¿A qué hora volverás?

—Probablemente hacia la medianoche.

Me lanza una mirada inquisitiva.

—¿Piensas dormir en casa del político si has bebido demasiado?

—El otro día fue una excepción —respondo, riendo—. Esta noche me controlaré.

Se queda callada.

—¿Dónde está Jun? —pregunto.

—Está en su cuarto, preparando sus exámenes.

—Muy bien. Acaba de consultarme sobre qué universidad elegir. Hablaba de A., B. y C., escuelas prestigiosas pero ninguna de ellas renombrada por el Comercio o la Economía. Así que ha de escoger otra cosa.

—Creo que quiere estudiar Psicología.

—¿Qué? —respondo, enfadado—. ¿Estás de acuerdo con él?

Como no contesta, continúo:

—¿Psicología? ¿Pero qué estás diciendo? Ahora que las ciencias están tan desarrolladas, ese campo se ha quedado anticuado. Resulta evidente que es una pérdida de tiempo.

—Pero es lo que le gustaría estudiar. Igual que Yôko eligió libremente la música, quiero que él sea libre para…

—¡Cállate! —la interrumpo—. Ya le hablé de este asunto, y lo entendió perfectamente.

Baja la mirada.

—Tú no entiendes de estas cosas, puesto que nunca fuiste a la universidad. ¡No te metas en su elección! Jun es el próximo presidente del *sakaya* Kida. Yo lo guiaré para que se convierta en un buen dirigente, como yo.

Mi mujer no dice nada más. Algo más calmado, subo a mi cuarto para cambiarme.

¿Qué ropa elegir para esta noche? Es una fiesta informal. El político tiene mi edad, y los otros invitados seguramente son más jóvenes que nosotros. Sin embargo decido llevar un traje, como de

costumbre. Las mujeres prefieren a los hombres vestidos de ejecutivos, pues eso les da una impresión de solvencia y seguridad. Me pongo la corbata que Yuri me regaló por mi cumpleaños, la misma que llevé en la recepción del hotel N.

Me miro en el espejo.

Desde que advertí unas canas en mi sien, no puedo evitar examinarla cada día. No soporto la idea de que mi pelo se vuelva completamente blanco. Debo teñirme de negro esa parte, así que iré al peluquero lo antes posible.

He de mantenerme joven para seguir seduciendo. Pienso en S., a quien conocí junto a su hermano en la recepción de la productora H. Tomó encantada mi tarjeta de visita, por lo que espero volver a verla pronto.

El político me ha pedido que haga un breve discurso esta noche. Se me da muy bien mantener la atención del público, hasta el punto de que le aconsejo a menudo sobre sus discursos políticos. Seguramente quiere aprovecharse de mi presencia.

Sé cómo seducir a las mujeres no solo por mi apariencia, sino también con mis gestos. Nunca olvido hacerles un cumplido sobre su ropa, el maquillaje o las joyas, sean cuales sean. Ellas dicen: «El señor Kida comprende bien los sentimientos femeninos. Es un auténtico *gentleman*».

Saco de un cajón de mi mesa un libro titulado *Gestos que agradan a las mujeres*. El libro me resulta útil. Algunos «trucos» funcionan muy bien. Por ejemplo: abrazar sorpresivamente a la mujer por detrás, caminar entre el gentío cogiéndola de la mano, acariciarle la cabeza, decirle: «Yo no voy si tú no quieres ir, aunque vaya todo el mundo», etc.

Los hombres debemos aprovechar esos «trucos». Además, es divertido y no cuesta nada. Así fue como seduje a todas mis antiguas amantes, a mi mujer, a Yuri y a O. Salvo a Sayoko. Esa chica se burló de mí cuando la abordé de ese modo. Era extraña, demasiado centrada en sus estudios. Un caso infrecuente para mí.

Pienso por un momento en la pregunta de mi amante O.: «Mi difunto marido me dijo una vez: “Te das un aire a la señora Kida”. ¿Es verdad?». No me gustó ese comentario. Pero lo más irritante es lo que descubrí esa noche: en verdad el rostro de O. se parece al de Sayoko. Si el difunto marido de O. tuviera razón, eso querría decir que yo habría elegido a tres mujeres parecidas. Molesto, meneo la cabeza.

Me miro nuevamente en el espejo. En efecto, es bonita esta corbata de seda fina y rayas amarillas. Llamará la atención esta noche en la fiesta. Cuando voy a la planta baja, me cruzo con mi hijo.

—Jun, tu madre me ha dicho que estabas estu-diando a conciencia

—le digo, con una sonrisa—. Estoy contento, pero no olvides informarme cuando elijas la nueva universidad.

Al ver que se queda callado, le doy una palmadita en el hombro para animarlo.

Estoy ahora en la fiesta del político. Aparte de él y de mí, hay diez mujeres y nueve hombres de entre treinta y cincuenta años, todos solteros. El político me presenta muy orgulloso a sus invitados:

—Este es el señor Kida, presidente del *sakaya* Kida.

Con gestos de admiración, todo el mundo aplaude. Yo les sonrío amablemente y levanto mi vaso de *whisky*. Mi anfitrión agradece mi presencia y añade con tono divertido:

—Tengo tres cosas en común con el señor Kida. Ambos tenemos la misma edad, fuimos al mismo instituto y a los dos nos encantan las mujeres.

Los invitados se ríen.

—Sin embargo, hay una gran diferencia entre no-sotros —prosigue, cambiando de tono—. Mientras que yo me he divorciado dos veces, el señor y la señora Kida llevan casados más de veinte años. Forman una pareja formidable.

Alguien delante de nosotros suelta, con una risita:

—¿Divorciado dos veces?

El político se vuelve hacia mí:

—Según usted, ¿cuál es el secreto de su vida conyugal?

—Muy sencillo —respondo al instante.

Todo el mundo me mira con curiosidad.

—En primer lugar, hay que confiar mutuamente y respetar el carácter del otro —continúo, orgulloso—. Mi mujer es muy discreta e introvertida, y yo soy todo lo contrario. A mí me encantan las fiestas, a ella nada. Su pasatiempo favorito es pintar a la acuarela. Mientras yo salgo a jugar al golf con mis amigos, ella se entretiene pintando en el campo.

Todos me escuchan con los ojos muy abiertos.

—Ah, es así como una pareja puede funcionar —murmura alguien.

—¿La señora Kida no sentirá celos esta noche? Está usted rodeado de solteras realmente bellas —me pregunta el político.

—Entre nosotros no existen los celos. Como he dicho, se trata de confianza mutua. Si no, yo no podría salir solo y quedar con gente. Y ella tampoco, por cierto.

Todos los invitados aplauden de nuevo.

—¿Nunca ha pensado en divorciarse? —me pregunta una invitada.

—¡Oh, no! El matrimonio es lo que más me importa en el mundo. Soy un hombre responsable, no solo como jefe de una gran empresa.

Por lo tanto, el divorcio es algo inconcebible para mí.

—¿Tampoco han tenido discusiones?

—Nunca.

—¿Tienen hijos?

—Sí, tenemos dos: una hija en la universidad y un hijo en el instituto. Van muy bien en sus estudios, estoy orgulloso.

—Con todo, usted y su mujer a veces tendrán conflictos, por ejemplo con respecto a la educación.

—En ese caso, lo hablamos respetando el carácter y los gustos de cada hijo, igual que nos respetamos el uno al otro.

Con mirada seria, todo el mundo me escucha mientras explico los secretos de una vida conyugal satisfactoria. En un momento dado, una mujer del grupo me interrumpe:

—Por cierto, señor Kida, lleva usted una corbata muy estilosa y elegante. De seda fina. Sin duda la ha elegido una artista, la señora Kida.

—Naturalmente. Tiene un gusto infalible. Le pido consejo a menudo cuando no sé qué ponerme, como para esta fiesta.

—Me gusta mucho ese color refinado e intenso. Me recuerda a la flor de *suisen*.

«*¿Suisen?*». Esa palabra evoca de nuevo el regalo de Sayoko. Una corbata barata con el dibujo de esa flor. Me bebo de un trago el resto de mi *whisky* y sonrío a esa bella invitada:

—A propósito, ¿a qué se dedica usted?

—Soy modista.

—Ah, eso lo explica todo.

El político empieza a servirnos dulces. Oigo el móvil sonando en el bolsillo de mi chaqueta. Son casi las diez y media. ¿Quién llama tan tarde? ¿Mi mujer, Jun, o quizá Yôko? Al ver el nombre, sonrío: «¡Ah, es Yuri! ¡Por fin!». Estoy muy impaciente, pero no es el momento de responder. Apago el tono para que deje un mensaje.

Charlamos animadamente mientras comemos pas-teles. El político anuncia a sus invitados que habrá un karaoke esta noche. Todo el mundo lanza un grito de alegría y él propone que empiece la modista:

—Eres tan buena cantante… ¡Venga!

Aprovecho para escabullirme hacia el baño. Escucho el mensaje de Yuri: «Hola, soy yo. No sé dónde estás ahora. ¿Puedo verte esta noche? Es urgente». Estoy exultante: «Bueno, ¡Yuri por fin está libre!». Querrá pasar la noche entera conmigo. Por desgracia me resulta imposible, dado que mi mujer y Jun están en casa. «¡Vaya por Dios!», digo, chasqueando la lengua.

Consulto el reloj. ¡Ya son las once menos veinte! No quiero perderme esta oportunidad, aunque solo sea por una hora, así que

debo salir de inmediato.

Una melodía familiar se oye desde el salón. Es la canción de la película *No te vayas nunca, mamá*. La modista se pone a cantar siguiendo el ritmo del karaoke. «En el campo de *suisen*, bailas…». Tiene una voz bonita, pero la letra me enerva.

Todavía en el baño, vuelvo a llamar a Yuri.

—Hola, soy yo, Gorô.

—¿Dónde estás?

—En casa de un político que está celebrando su cumpleaños.

—¿Tu mujer está allí?

—No. Ya sabes que no le gustan las fiestas.

—Tengo que verte.

—¡Yo también, Yuri! —replico, alborozado.

—¿Puedes venir a verme dentro de un rato?

—Por supuesto. Esta fiesta no significa nada para mí. ¿Dónde quieres que quedemos?

—En mi casa.

—¿En tu casa? Estupendo.

Apago el teléfono. Alguien toca a la puerta.

—¡Ocupado! —exclamo.

Tiro de la cadena y me lavo las manos. Veo mi cara radiante en el espejo. ¡Qué suerte que no estuviera en mi casa! Al salir del baño, me topo con el político, que sonríe de manera elocuente.

—Me ha llamado mi hija —le digo—. Es urgente. Lo siento, pero debo irme ahora.

Voy rápidamente al apartamento de Yuri.

Vive en la cuarta planta de un gran edificio. El ascensor tarda. Impaciente, cojo la escalera y subo corriendo. Mi corbata se balancea al ritmo de mis pasos. Me alegro de haber elegido para la fiesta la corbata que Yuri me regaló. El corazón me late con fuerza. Siempre es un momento excitante volver a verla, sobre todo tras una larga ausencia. Voy a besarla y la llevaré inmediatamente a la cama. Sin resuello, por fin llego a su planta.

Toco en la puerta. Yuri no me abre enseguida. Miro por el rabillo del ojo a mi alrededor, temeroso de que alguien me reconozca. Son las once y diez. Por suerte, no hay nadie en el pasillo.

Cuando al fin la puerta se abre, me cuelo dentro rápidamente y la cierro tras de mí. Yuri no va maquillada. Lleva ropa común y corriente: una blusa, chaleco de punto y vaqueros. Su mirada se detiene en mi corbata.

—¡Yuri, tu ausencia ha sido demasiado larga!

Intento besarla en los labios, pero ella retrocede.

—No, Gorô…

—¿Cómo?

La agarro con fuerza del brazo, pero se resiste.

—No, Gorô. Suéltame, por favor.

—¿Qué te pasa? —le pregunto, confuso—. Fuiste tú quien me llamó.

—Tenía que hablar contigo. No llevará mucho tiempo.

La puerta del dormitorio está entornada.

—Vamos a la cama —digo—. Esta noche no tengo mucho tiempo. Mi mujer me espera en casa.

Yuri me rechaza de nuevo.

—No, Gorô. Hablo en serio.

Se queda callada. ¿Pero qué pretende ahora?

—En la recepción estabas maravillosa en kimono —digo con voz melosa—. Tenía ganas de acostarme contigo esa noche. Por desgracia, tenías que marcharte para ver a tu tía moribunda. ¡Tres meses de ausencia es demasiado!

Como Yuri no contesta, le pregunto tiernamente:

—¿El rodaje de dos meses en Okinawa fue bien?

Con la mirada gacha, responde:

—Solo duró una semana.

—¿Cómo? ¿Me has mentido?

Asiente, y acto seguido añade:

—La historia de mi tía moribunda tampoco era verdad.

Estoy desconcertado.

—Me inventé dos pretextos para evitarte —continúa.

—¿Evitarme? Será una broma, ¿no?

—Gorô, va en serio. Estoy enamorada de verdad. Tienes que aceptarlo.

Me mira fijamente.

—Y bien, ¿quién es ese hombre? —le suelto en tono burlón—. ¿Un actor? ¿Un director?

—No es ni actor ni director. Trabaja como delineante en una constructora.

Me echo a reír.

—¿Un empleado? ¿Una estrella de cine, prendada de un empleado?

—¿Por qué no? Lo quiero, eso es todo.

—Espero que sigas enamorada de mí.

—No, no lo estoy. Y nunca he estado enamorada de ti, igual que tú no lo has estado de mí.

—¿Te has acostado conmigo sin quererme? —le pregunto, cada vez más furioso.

—Tenía sentimientos mezclados con respecto a ti.

—¿Mezclados? Sea como sea, no me dejarás.

—¿Cómo? Tú puedes tener relaciones con varias mujeres a la vez, pero yo solo puedo estar con un hombre, ¿no?

—No, no me dejarás nunca —repito.

—¿Nunca? No soy un objeto que te pertenece, Gorô.

«¿Objeto?». Esa palabra me deja paralizado por un momento.

—Gorô, sé que tu otra amante se llama O.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Da igual. Lo que importa es que nuestra relación se ha terminado, porque estoy enamorada de otro.

—¿Pero qué estás diciendo? Soy el presidente de una empresa de renombre, soy rico y poderoso. ¿No es suficiente para ti?

—Eso no tiene nada que ver con el amor.

—¿Qué? Fue gracias a mí como tuviste éxito en tu carrera. Piensa en todo lo que he hecho por ti. Sin mí…

—¡Es justamente eso, Gorô! —me corta, enfurecida—. Esa actitud me disgusta cada vez más. Eres arrogante.

—¿Arrogante?

—Sí. Y también pretencioso.

Siento que mi cólera aumenta, así que trato de calmarme.

—Yuri, es una pena que tengas esa imagen de mí. Haré lo que haga falta para que te sientas mejor conmigo, te lo prometo. No me dejes, te necesito.

Pese a mis tiernas palabras, se mantiene inquebrantable.

—Gorô, voy a casarme con él —declara—. Ya nos hemos comprometido.

Sonrío.

—Tu boda no es un problema. Nos seguiremos viendo como siempre.

—Te lo repito, Gorô: le amo. Lo nuestro ha terminado.

—¡Eres tú la arrogante, e incluso ingrata! —exclamo—. ¡Deberías avergonzarte!

Esta actriz me hace pensar ahora en Mitsuko, mi compañera de clase en la escuela T. Cada vez que la invitaba a unirse a mi grupo de amigos, me respondía secamente: «No. No me interesa, ¿entiendes?». Reflexiono un momento y le digo a Yuri:

—Tu boda también es mentira.

—¿Mentira?

—Tu prometido no existe, te lo has inventado.

—No, no es mentira. Yo no miento siempre, como tú.

Sus palabras me ofenden, pues nadie me habla así.

—¿De veras? —replico—. En ese caso, vas a presentarme a tu amiguito.

—Ya lo conociste.

—¿Dónde?

—En el hotel N., durante la recepción de la productora H.

—¿En la recepción? ¿Quién es?

No tengo ni idea de quién se trata.

—Incluso estuviste charlando con él. Intentaste seducir a su hermana S. mientras le besabas la mano. Ella se burló de ti: «¡Qué hombre tan galante! No sabía que el señor y la señora Kida eran amigos tuyos».

Me arden las mejillas. Sonrío, tratando de ocultar mi turbación.

—¡Ah, él! Te mereces algo más que un buen chico. Algún día lamentarás tu mala elección.

—¡Basta, Gorô! Mi pareja, sea quien sea, no te concierne.

—Sí. Fui yo quien descubrió tu talento. Yo financié tu carrera y te presenté al productor H. Sabes bien todos los esfuerzos que he hecho por ti. Me lo debes todo. No puedes romper conmigo simplemente porque te has «enamorado» de alguien.

Yuri me fulmina con la mirada.

—¿Cómo? ¡Fuiste tú quien insistió en hacerme esos favores! Me repetías: «Me gustaría ser útil a alguien con talento. Si aceptaras, me harías muy feliz». Aquello me emocionó. Pero en realidad querías constreñirme y controlarme. ¡Cuánta perversidad!

La agarro del brazo y ella grita:

—¡Suéltame!

La empujo hacia el dormitorio, cuya puerta está entreabierta.

—¡Suéltame! —exclama.

Al entrar en su habitación, me encuentro de pronto frente a un hombre.

—Buenas noches, señor Kida.

Estoy atónito. Es el hermano de S., la mujer a la que di mi tarjeta de visita en la recepción.

—Soy el buen chico de Yuri —me suelta en tono medio sarcástico.

De nuevo me arden las mejillas. Yuri se aparta de mí y se coloca al lado de su prometido.

—¿Qué comedia es esta?

El hombre me mira tranquilamente.

—Señor Kida, me gusta mucho el *whisky* de su empresa, pero usted no es digno de su excelente producto. Eso es un misterio para mí.

Yuri lo toma del brazo.

—Gorô, te lo repito por última vez. Estoy enamorada de él. Lo nuestro ha terminado. Adiós.

Poco después de medianoche, estoy de vuelta en mi chalé.

La casa se halla en calma. Todas las luces están apagadas, salvo la del salón. Mi mujer duerme arriba en su cuarto, justo enfrente del mío, y Jun en la planta de abajo. Subo con pasos amortiguados.

Me quito la corbata, que no llevaré nunca más. A continuación me pongo el pijama y me meto en la cama.

Me quedo mirando al techo. Las palabras de Yuri resuenan en mi cabeza: «Estoy enamorada de él». Ha perdido la razón. Una mujer de treinta y seis años hablando como una adolescente. «Gorô, lo nuestro ha terminado. Adiós». ¡Qué arrogancia! Es a mí a quien debe todo su éxito. Nunca aceptaré semejante rechazo y he de vengarme de esta humillación.

Estoy tan agitado que no logro dormirme. Voy a la planta baja. La luz de la cocina está encendida. Al entrar, me sorprende encontrar a Jun preparándose unos fideos instantáneos.

—¡Buenas noches, papá! —me saluda—. No sabía que hubieras vuelto.

No respondo. No me gusta que me haga preguntas sobre mis salidas, como la otra mañana cuando volví de casa de O.

—¿Por qué sigues levantado? —le pregunto.

—Estuve estudiando hasta hace un rato.

—¿Ya has empezado los exámenes?

—Sí. Hoy será el *kokugo*, la asignatura más importante para mí.

—¡Ah, el *kokugo*! Entiendo. Es esencial, sobre todo para entrar en la facultad de Comercio.

En silencio, empieza a comer los fideos en un cuenco. Me sirvo agua en un vaso. El desagradable incidente de esta noche me sigue inquietando. Me acuerdo de Yuri y de su amiguito, mientras apuro el vaso de un trago.

Jun eleva la mirada hacia mí.

—Papá, mi primera elección de facultad está decidida.

—Bien. Te escucho.

—La universidad C., como ya te dije.

—¿La universidad C.?

Baja la cabeza. C. es la universidad donde su primo estudia Filosofía, y no tiene facultad de Comercio.

—¿En qué grado vas a matricularte?

Repite la palabra que odio:

—En Psicología.

—¡No! —exclamo, irritado—. No lo aceptaré. Es un campo totalmente inútil.

Jun me mira sin decir nada, mientras dejo el vaso en el fregadero.

—Hijo, es una mala elección. Ya te expliqué por qué. No olvides que eres mi heredero y que serás el presidente del *sakaya* Kida.

—No, no seré el presidente.

—¿Qué?

Estoy tan atónito que no sé qué decir.

—Papá, yo no tengo las cualidades necesarias para ser un hombre de negocios.

—No seas tan humilde, hijo. Yo era como tú, pero fui aprendiendo poco a poco y mírame ahora. Todo es posible. Yo te guiaré para que te conviertas en un buen presidente.

—Pero es que tampoco tengo la ambición para…

Se queda callado un momento y yo le insisto:

—Tienes que escucharme, Jun. Si no eres tú, ¿quién heredará mi puesto? ¡Nadie!

—Mi primo, tal vez.

—¿Tu primo? Estás de broma, ¿no?

Me río, pero él permanece serio.

—¿Por qué no? Él también es nieto de tu padre. Además, lleva el mismo apellido que nosotros.

—¡Ya basta, Jun! —exclamo, perdiendo la calma.

Se levanta para lavar el cuenco.

—¿Desde cuándo te interesa la psicología? —le pregunto.

No contesta inmediatamente. Espero a que termine de fregar los cacharros, después de lo cual se vuelve hacia mí:

—Desde hace unos años, cuando descubrí que mamá necesitaba ver a un terapeuta.

—¿Qué estás diciendo? —pregunto, sobresaltado.

—Mamá está afligida por tus aventuras amorosas.

Al ver que sigo desconcertado, continúa:

—Esta noche no has estado en casa de un político, sino de una de tus amantes, como el otro día, ¿no?

Estoy confundido: «¿Cómo es posible que Jun y mi mujer sepan lo de mis amantes?».

—¡Cállate! —le grito, enfadado—. Por supuesto que estaba en casa del político. De todas formas, lo que yo haga o no haga no es asunto tuyo. Vete a la cama inmediatamente.

En ese momento aparece su madre en la entrada de la cocina.

—¿Qué pasa? —nos pregunta, con la cara pálida.

Jun se va, tras lo cual le pregunto a mi mujer:

—¿Qué le has estado contando a nuestro hijo a mis espaldas?

—Eres tú quien hace cosas a sus espaldas —me replica con voz temblorosa.

La miro fijamente. Está temblando. Sé que me sigue temiendo, así que paso a la ofensiva.

—Lo que yo haga fuera de esta casa no tiene nada que ver contigo. Tu vida está protegida. Yo pago todo lo tuyo y no me divorciaré de ti, así que no tienes por qué quejarte de nada.

Su rostro está cada vez más pálido.

—Educa bien a nuestros hijos, sobre todo a Jun —la sermoneo—. Debe obedecerme. ¡Es tu responsabilidad como madre!

No dice nada. Crispado, subo de nuevo a mi cuarto murmurando: «¡Vaya día!».

Me anudo la corbata delante del espejo.

Esta mañana hay una reunión familiar en la oficina. He de estar allí antes de las ocho. Debido a mis problemas de ayer con Yuri y luego con mi hijo, casi se me olvidó. Mi madrastra nos ha convocado a mí, a mi media hermana y a su marido. Seguramente se hablará de la gerencia, por lo que de ninguna manera puedo faltar a esta reunión.

Examino la corbata, de seda violeta pálido, que me pongo por primera vez. Es un regalo que me hizo mi madrastra cuando cumplí los cuarenta. Sinceramente, no me gusta mucho este color, pero la elegí en el último momento para complacerla. Me había olvidado completamente de esta corbata, igual que me ocurrió con la de Sayoko.

De pie frente al espejo, pienso en la época en que mi padre se volvió a casar.

Había pasado solo un año desde la muerte de mi madre. Siendo yo un niño, no comprendía lo que estaba ocurriendo a mi alrededor. «No te preocupes, Gorô —me repetía mi padre—. Tu nueva madre es muy buena. Llámala *okâsan*. Pórtate bien y obedécela, ella te querrá como si fueras hijo suyo». Cuando se mudó a mi casa, me llevé una sorpresa. Era muy activa, a diferencia de mi madre enferma, que se pasaba todo el tiempo acostada.

Papá tenía razón. *Okâsan* era muy buena conmigo. Yo la escuchaba dócilmente y ella hablaba bien de mí: «Gorô es un niño muy formal y no tengo ningún problema con él». Satisfecho, papá me acariciaba la cabeza: «¡Muy bien, Gorô! Estoy orgulloso de ti».

Un año después, nació Aï. Esta vez papá me dijo: «Compórtate como un buen hermano mayor y ayuda a *okâsan*. Todo irá bien para ti». Yo seguí sus órdenes y mis padres estaban orgullosos de mí.

Sin embargo, pasados unos años, las cosas ya no me iban tan bien. En la escuela, mis compañeros y los profesores la ponían por las nubes: «¡Tu hermana es brillante! Todas sus notas, sin excepción, son excelentes. Además, toca el piano de maravilla». Yo odiaba escuchar esos elogios.

Aï fue admitida sin dificultad en el mejor instituto de Nagoya, donde yo ni en sueños habría imaginado que me aceptarían. Lo mismo ocurrió más tarde en la universidad A., una de las más prestigiosas de Japón, mientras que la mía era de segunda categoría. Ella estudió Biología. Animada por nuestro padre, entró en el *sakaya* Kida, donde yo ya llevaba cinco años trabajando. Allí también los empleados y los

directivos hablaban de ella sin parar: «¡Aï es muy inteligente, igual que la señora Kida!».

Yo quería eclipsar a mi media hermana. La manera de hacerlo era convertirme en presidente del *sakaya* Kida, lo que finalmente se cumplió tras la muerte de nuestro padre. Yo tenía treinta y un años.

Para convencer a mi madrastra, le resalté la importancia de tener un hombre al frente de la compañía y también le hice un poco de chantaje afectivo.

«Madre, sabes cuánto sufrí en mi infancia. Solo tenía tres años cuando murió mi madre. Fue un duro golpe para mí. Después de nacer Aï, me sentía solo: todo el mundo la quería y la idolatraba, sobre todo mi padre. Pese a ello, hice sin rechistar todo lo que me pedías para ser un buen hijo y un buen hermano». Ella me escuchaba emocionada, mientras yo le repetía: «Confía en mí, trabajaré con empeño por la prosperidad de la familia Kida».

Observo de nuevo mi corbata. El violeta pálido no está tan mal, después de todo. Mi madrastra estará encantada de ver que al fin me la pongo. «¿Qué tema abordará en la reunión?», me pregunto. Todo el mundo sabe que tiene previsto retirarse de su puesto como consejera delegada. Si ya lo ha decidido, me cederá sus acciones para que yo controle enteramente la compañía.

En el espejo, compruebo que mi rostro por fin ha recobrado la calma. «Va a ser un buen día», me digo con una sonrisa.

Mi mujer me acompaña a la entrada, como de costumbre. Mientras me pongo mis zapatos negros más elegantes, le digo que prepare algún plato especial para esta noche, ya que traeré una buena noticia.

Son las ocho y cuarto de la mañana. Somos cuatro en la sala de reuniones: mi madrastra, mi media hermana y su marido, y yo.

Una joven empleada, cuyo nombre desconozco, me trae un café cargado y tazas de té para los demás. Mi madrastra me sonríe.

—Gorô, llevas la corbata que te regalé cuando cumpliste los cuarenta. El violeta pálido te queda muy bien.

—Gracias. Me alegra que te hayas fijado.

Aï hace un comentario:

—Ese color es sutil. Podría ser elegante o vulgar.

Su madre replica al instante:

—¡Gorô hoy va realmente elegante!

Mi cuñado el químico va aún más lejos:

—Ese color da una sensación de ambigüedad, ni caliente ni fría. Tiene dos lados esquivos.

—¿Ambigüedad? ¿Esquivos? ¡Eso recuerda a un camaleón! —exclama Aï.

Su marido se ríe.

—¿Un camaleón? Nunca lo había pensado.

Ofendido, reprendo a Aï:

—¿Quieres decir que soy un camaleón?

La empleada se ríe por lo bajo, mientras Aï me ignora. Su madre se vuelve hacia mí.

—Elegí la corbata pensando que te gustaría. Pero ¿de verdad te gusta ese color?

—Por supuesto que sí. Encuentro ese violeta muy refinado.

Su hija me echa una mirada.

—Señorita, según usted, ¿qué color me sienta bien?

Molesta, me responde:

—Creo que el amarillo le sienta muy bien, *shachô*.

—¿El amarillo?

—Sí, como la flor de *suisen.*

—¡La flor de *suisen*! —nos interrumpe mi madrastra—. ¡Qué coincidencia! Yo tengo en mi casa una vieja corbata azul con esa flor amarilla estampada. Un patrón muy romántico.

¿Suisen? Debe de ser la que me regaló Sayoko la víspera de mi boda.

—Por cierto, Gorô, creo que esa corbata es tuya —dice.

—¿Me has visto llevarla?

—No, pero tu padre no tenía ninguna corbata parecida, así que solo puede ser tuya.

—No la recuerdo —digo, fingiendo ignorancia.

Aï se burla de mí:

—Olvidas muchas cosas, como esos políticos que repiten en las sesiones parlamentarias: «No tengo ningún recuerdo de aquello».

La miro de soslayo como queriendo decir: «Ten cuidado con lo que dices. Tú y tu marido pronto estaréis bajo mi autoridad».

La joven empleada abandona la sala con la bandeja vacía. Bebo el café cargado y despierto finalmente de mi sueño mañanero.

Se hace un silencio. Mi madrastra se endereza en la silla y declara solemnemente abierta la reunión. Con la mirada gacha, Aï y su marido escuchan. Yo ya estoy impaciente.

—Muchas gracias por estar hoy aquí presentes —comienza mi madrastra con tono ceremonioso—. Os agradezco vuestra fidelidad y vuestra contribución al *sakaya* Kida, que cumplirá sesenta años dentro de tres meses.

Aï, su marido y yo aplaudimos al unísono, tras lo cual se hace de nuevo el silencio.

—Esto es algo notable, teniendo en cuenta que en promedio una sociedad dura, o mejor dicho, se mantiene próspera unos treinta años. Nosotros hemos evitado un posible declive gracias a nuestro propio *whisky* de alta gama. Apasionado de este alcohol, mi marido invirtió en la destilería durante más de diez años, y tenía toda la razón.

Mi media hermana y mi cuñado la miran sin pestañear. Yo reprimo los bostezos mientras pienso en la joven empleada que me llamó *shachô*. Es la forma normal de dirigirse a mí, la regla. Sin embargo, ningún miembro de mi familia me da ese tratamiento en la oficina. Debo sugerirles que en esa situación lo usen igual que los otros empleados.

—Bueno, entro ahora en el meollo de la cuestión.

Intrigados, Aï y su marido se miran. No me parece que sepan más que yo sobre el motivo de la reunión. Escuchamos en silencio.

—Como sabéis, tengo ochenta años. Todavía me noto con empuje y autonomía. No obstante, creo que ha llegado el momento de pasar mi puesto de administradora a otro.

Sonrío: «¡Por fin va a decir que va a transferirme sus acciones!». Mi media hermana y mi cuñado parecen desconcertados, mientras que yo mantengo la calma.

—¡Aún tienes la mente lúcida! Quiero que sigas al frente de la sociedad —le dice Aï a su madre.

Sus palabras me irritan. ¡Soy yo quien está al frente! Su marido asiente.

—Yo soy de la misma opinión que Aï. Todo va bien gracias a usted.

Yo no digo nada.

—¿Tú qué piensas, Gorô? —me pregunta Aï.

La miro fijamente, pensando: «¡No me gusta que me llames Gorô!».

—Debe ser madre quien decida. Yo respetaré su elección, sea cual sea.

Mi madrastra me sonríe.

—Gracias, Gorô. Me alegra que seas comprensivo. He tomado esta decisión después de muchas deliberaciones. No quiero dejaros sorpresas tras mi muerte.

Le echo una mirada amistosa. Tiene razón. Odio las sorpresas, como cuando murió mi padre. No me gustó que dejara la mitad de las acciones a su segunda mujer. Desde el principio, debería haberlo arreglado para que yo detentara la mayoría.

Nos quedamos en silencio, tras lo cual ella declara:

—Quiero que mi yerno sea el nuevo presidente.

¿Qué? No doy crédito a mis oídos. Atónito, miro a Aï y a su marido, que parecen asombrados.

—¿Qué estás diciendo, madre? ¡Eso es imposible!

Ella ignora mis palabras y se dirige a su yerno:

—Tengo el cincuenta por ciento de las acciones. Voy a transferirte la mitad. Ahora, de ti depende aceptar o no.

Estoy impactado: ¡la mitad para mi cuñado! Entonces, ¿tendrá el veinticinco por ciento del total? No puede ser… En el rostro de Aï se dibuja una sonrisa.

—¡Madre, soy yo el presidente! —exclamo, furioso.

—Gorô, ha llegado la hora. Tú has disfrutado de tu puesto durante veinte años sin hacer gran cosa, mientras que tu cuñado ha trabajado con tesón para la compañía. Es inteligente y dinámico, como lo era tu padre.

Me tiembla el cuerpo.

—Mamá —pregunta Aï—, ¿qué vas a hacer con el resto de tus acciones?

—Tengo pensado dar el diez por ciento a Gorô y otro diez por ciento a ti.

—Ah, es muy generoso de tu parte. ¿Y qué piensas hacer con el resto?

—Voy a vendérselo a nuestros directivos.

—¡Ah, buena idea, mamá!

Me sube la sangre a la cabeza. No puede ser verdad… ¿No piensa siquiera en mi hijo Jun? Aï hace el cómputo como si cantara:

—Gorô y yo, el treinta por ciento cada uno de las acciones de la

sociedad, mi marido, el veinticinco, y nuestros directivos, el quince.

Mi cuñado no dice una sola palabra, pero parece encantado con esta comedia. Entre él y Aï poseerán más de la mitad. Estoy a punto de gritar: «¡Qué superchería! ¡Es ridículo!». Mi madrastra se vuelve hacia su yerno:

—Te doy una semana. Piénsalo bien antes de tomar una decisión.

Mi cuñado se inclina ante ella.

—Muchas gracias por su confianza. Reflexionaré detenidamente.

Paralizado, los miro fijamente.

—Entonces, ya hemos terminado. Que tengáis un buen día.

Aï y su marido se levantan rápidamente y salen de la sala sin despedirse. Soy incapaz de moverme y me hierve la sangre. ¡Qué humillación!

La joven empleada vuelve y me sonríe:

—*Shachô*, ¿le traigo otro café?

—¡No!

Ella retrocede, sorprendida. Mi madrastra le pide que recoja la mesa, y la chica se va con la bandeja llena de tazas vacías. Turbado, me digo: «Debo convencerla para que cambie de opinión. Si no, será una catástrofe para mí».

—Lo siento, Gorô —dice mi madrastra tranquilamente—. He llegado a esta conclusión tras haber consultado a nuestros directivos con respecto al futuro de nuestra compañía. Si tienes preguntas, te escucho ahora.

—¿Por qué has consultado a los directivos? —replico, irritado—. Yo soy el presidente, deberías haberlo hablado conmigo primero. No aceptaré esa decisión disparatada. Es un hijo de la familia Kida quien debe heredar la compañía y garantizar su gestión. ¿Es que no piensas en Jun? ¿Por qué tengo que ceder mi puesto a mi cuñado?

—Porque me preocupa antes que nada la prosperidad y la reputación de nuestra compañía —responde ella con el mismo tono sereno—. No se puede seguir siempre la tradición y las costumbres.

—Todo va bien para el *sakaya* Kida bajo mi presidencia.

—Porque yo superviso las operaciones detrás de ti. Aï y su marido trabajan con denuedo mientras tú te diviertes en las fiestas. Todo el mundo está al corriente de lo de tus amantes. También me han llegado rumores desagradables sobre tu comportamiento con la actriz Yuri K.

Estoy avergonzado: ¿cómo se ha enterado de mi aventura con Yuri? Me tiembla el cuerpo.

—En cuanto a Jun —continúa—, él no quiere entrar en la compañía sino convertirse en psicólogo. Dado que tú te niegas a escucharle, vino a hablar conmigo de ese asunto.

¿Qué? ¿Mi hijo estuvo hablando de eso con ella?

—¡Jun tiene solo dieciocho años, es demasiado joven para decidir su futuro! —exclamo.

—Puede ser, Gorô. Ya se verá. En cambio, su primo quiere entrar en la empresa en cuanto termine sus estudios, la próxima primavera.

¡Mi sobrino! El hijo de mi media hermana está estudiando la especialidad de Filosofía. Me acuerdo de las palabras de Jun: «¿Por qué no? Él también es el nieto de tu padre. Además, lleva el mismo apellido que nosotros». Nunca habría imaginado que su primo tuviera ambiciones semejantes.

—Es un chico sensato y reflexivo —dice mi madrastra—. Está todo el tiempo observando el trabajo de sus padres, un químico y una bióloga, que siguen el espíritu de mi marido.

Nervioso, aprieto los labios. «¿Mi sobrino, futuro presidente? —pienso—. No, no lo aceptaré jamás. Ha de ser mi hijo. Debo convencer a mi cuñado para que rechace mi puesto».

—Gorô, tengo previsto crear un nuevo puesto para ti, si quieres permanecer en el seno de la compañía.

—¿Qué puesto? —le pregunto, estremecido.

—Presidente honorario.

A regañadientes, me inclino ante ella.

—¡Presidente honorario!

—Sí. Pero sin derecho de representación. Es lo máximo que podía hacer para salvar tu honor.

Está oscuro. La mayoría de los empleados se han marchado.

Estoy en mi despacho. No he hablado con nadie en toda la tarde. Me hierve la sangre al recordar la sonrisa victoriosa de Aï.

Son las siete pasadas. Mi mujer debe de estar esperándome con platos especiales para celebrarlo, tal como acordamos esta mañana. No me apetece nada volver a casa. De mala gana, marco el número del fijo. Extrañamente, no responden ni ella ni Jun. ¿Qué estarán haciendo? Dejo un mensaje en el contestador.

—Hola, soy yo. Todavía estoy en el trabajo. Tengo cosas que hacer, así que podéis empezar a cenar.

Me apetece beber alcohol a solas. Mi *izakaya* habitual es una buena opción, ya que el nuevo propietario no me conoce. Salgo enseguida de la oficina. En el coche, me quito la corbata violeta pálido y la tiro con rabia en la funda situada en un lado del asiento.

El *izakaya* está tranquilo. Sentado al final de la barra, bebo sake. «¡Presidente honorario, sin derecho de representación! ¡Qué ridiculez!», pienso, furioso.

Mi madrastra anunció que la compañía me pagaría una indemnización por mis veintinueve años de servicio y luego recibiría una remuneración mensual equivalente a la de un nuevo empleado de veintidós años. Yo no podía creer lo que estaba oyendo. Incluso añadió: «A condición de que te comportes debidamente».

En resumen, me excluirían de la gerencia y del poder. Peor aún, me tratarían como a un niño y vigilarían «mi conducta». Debo evitar esa catástrofe.

En la barra hay un cliente de mi edad bebiendo cerveza. Está solo como yo. El cocinero charla con él mientras prepara *sushi* y lo llama *sensei*.

—Su clínica parece ya muy famosa. Usted debe de ser un buen veterinario. ¡Enhorabuena!

Deduzco que ese cliente es el dueño de la clínica que acaba de abrir al lado del *izakaya*. A mi hijo le encantan los animales, pero yo no le dejo tener uno en casa, ni siquiera un hámster. Odio los bichos.

Llamo a casa de Aï para hablar con su marido y responde mi sobrina con voz muy alegre:

—¡Hola, tío Gorô! ¿Mi padre? Sí, está aquí.

Agitado, oigo el ruido de platos, el ladrido de su perro, risas de Aï y de su hijo. Mi cuñado se pone al teléfono.

—Buenas noches, Gorô.

—Tengo que hablar contigo.

—¿Con respecto al puesto de presidente?

—¡Naturalmente! Todo lo que planea hacer mi madrastra es disparatado. Debes declinar su propuesta. Yo soy el hijo de la familia Kida. Una iniciativa semejante habría afligido a mi padre y a mi abuelo si estuvieran vivos.

Mi cuñado se queda callado.

—Yo solo tenía treinta y un años cuando murió mi padre —continúo en tono educado y amistoso—. Fue duro asumir toda la responsabilidad como jefe. Pese a ello, he hecho cuanto podía hacer y todo va…

—Sí, Gorô, lo sé —me interrumpe mi cuñado con delicadeza—. Gracias a tus esfuerzos, la empresa sigue yendo bien.

Continúa hablando, ahora con tono simpático, y pienso: «¡Ya está!». Se queda un momento callado, como si reflexionara. Yo estoy expectante.

—Lo he hablado con Aï —dice al fin.

—¿Y bien?

—He decidido aceptar la propuesta. Nuestros directivos también quieren que sea yo el presidente. Lo siento, Gorô.

Furioso, apago el móvil.

Mi madrastra, Aï y su marido, su hijo, nuestros directivos. Esa gente ha intrigado a mis espaldas. ¡Qué impudicia! Tiemblo de rabia.

No sé qué hacer ahora. No quiero volver a casa todavía. Ebrio, no estoy en condiciones de conducir. Antes de llamar a un taxi, telefoneo a O.

—Soy yo, Gorô. Estaré en tu casa en quince minutos.

—Pero es que estoy…

—Aún no he cenado. Prepárame algo ligero, como pescado a la plancha y tofu.

—Pero…

—¿Pero qué?

Se queda callada. Es la primera vez que vacila de esa manera, pero me da igual.

—Voy para allá —repito.

Salgo del restaurante.

Cansado, me repantingo en el taxi. Son las nueve menos veinte. Mi mujer y Jun ya habrán terminado de cenar. Soñoliento, murmuro: «¡Vaya día…!», y bostezo.

Estoy enfadado con mi hijo. ¡Ha hablado de su futuro con mi madrastra a mis espaldas! Es una traición hacia su padre, que ha cubierto todas sus necesidades. Debo sermonearle. Mi mujer no lo ha

educado correctamente. Jun tiene razón: su madre necesita un psicólogo, aunque su problema mental no tiene nada que ver con mis amantes.

Vuelvo a llamar a casa, pero siguen sin responder. Estoy intrigado: «¿Dónde estarán?». Dejo otro mensaje:

—Soy yo otra vez. Esta noche tengo que acompañar a un cliente al bar. Regresaré hacia la medianoche.

Por si acaso, intento localizar a Jun en el móvil. Tampoco responde. «Qué raro…». Llamo a Yôko a la residencia universitaria.

—¿Papá? Lo siento, ahora no tengo tiempo para hablar. Tengo que irme. ¡Hasta pronto!

—Espera… —le digo, pero ya ha colgado.

Son casi las nueve y estamos entre semana. ¿Yôko va a salir a estas horas en vez de estudiar? Eso no me gusta. Su madre debe retenerla en nuestra casa. No se lo perdonaré si resulta que Yôko está saliendo con un chico.

Pienso otra vez en mi nuevo puesto: presidente honorario. Después de todo, suena bien. Parecerá que me han ascendido. Podría explicar a todo el mundo que fui yo quien decidió cederle la presidencia a mi cuñado porque estoy demasiado ocupado. Al fin me siento mejor.

Cuando el taxi está cerca de la casa de O., le pido al taxista que pare. Se me queda mirando.

—¿Usted es el presidente del *sakaya* Kida, verdad?

De buen humor, le doy dos billetes de diez mil yenes.

—Sí, soy *shachô*. Quédese con el cambio.

Ya fuera del taxi, camino en la oscuridad para llegar a casa de O. Un recorrido que me resulta familiar desde hace tres años.

O. tiene el carácter apropiado para ser mi amante. No me gustó que me dijera que su difunto marido le encontraba cierto parecido con mi esposa. Pero he de admitir que las dos son mucho mejores que Yuri, esa ingrata que me ha traicionado para casarse con un empleado cualquiera.

Ignoro cómo mi madrastra se ha enterado de mi relación con Yuri. De momento, debo mantenerme alejado de esa actriz. Mientras tanto, podría hablar con su productor de una posible comandita por nuestra parte. Aún soy el presidente del *sakaya* Kida y debo aprovechar mi poder. Es evidente que Yuri volverá a mí pidiendo perdón.

Me acerco a la casa de O. Ahora tengo verdadera hambre, así que espero que mis platos favoritos estén preparados. Esta noche le anunciaré mi nombramiento: presidente honorario. O. estará orgullosa de este ascenso.

Su difunto marido no era más que un contable subalterno en el *sakaya* Kida. Es una lástima que una mujer tan guapa como O. estuviera casada con un empleado tan vulgar. La pareja estaba ahorrando para comprarse una casa. Ella tuvo que trabajar de firme, pero finalmente lleva una vida cómoda gracias a mí. Quizá le regale un pequeño chalé, como hice con mi esposa.

Llego a casa de O., algo más despejado.

Tras asegurarme de que no hay nadie cerca, introduzco la llave en la cerradura. Extrañamente, se queda atascada. La saco y repito la operación, pero en vano. Es la llave que utilizo desde hace tres años. «¿La habrá cambiado?». Esto no me gusta.

Indeciso, llamo al timbre. Tras unos segundos, la puerta se abre lentamente. O. todavía no lleva puesto el kimono de noche, sino un pantalón y un jersey de cuello vuelto. Entro rápidamente en el recibidor.

—¿A qué estás jugando? ¿Por qué me recibes así? —le recrimino.

—Quería explicártelo todo hace un rato por teléfono, pero me colgaste.

—Me muero de hambre. Mientras como, escucharé tus excusas.

—No hay nada de comer para ti. Vuélvete a casa.

—¿Cómo?

Miro su rostro tenso. No hace siquiera un gesto de invitarme al salón, cuya puerta está cerrada. A mis pies hay un par de zapatos

negros de hombre.

—¿Tienes visita? —le pregunto, asombrado.

—…

—¿Quién es?

—No es asunto tuyo.

—¿Cómo te atreves a hablarme así? —le respondo con voz ahogada—. Tú eres mi amante, mi segunda mujer.

—O la tercera o la cuarta —murmura.

—¿Quieres convertirte en la primera?

—No, pero da igual. Te pido que te vayas ahora y para siempre.

Atónito, escruto su cara inusualmente severa.

—¿De qué hablas? ¡Si hasta estoy pensando en comprarte una casa en el campo!

—Eres muy amable, pero lo nuestro ha terminado.

—¿Entonces, el otro es más rico que yo?

—No tengo novio. Simplemente quiero poner fin a nuestra relación.

—No comprendo.

O. saca un sobre del bolsillo de su pantalón y me lo da.

—Esta tarde escribí una carta para ti —dice—. Toma. Adiós, Gorô.

«¿Adiós?». Me quedo confundido. Bruscamente, me hace un gesto para que salga de la casa. A mi pesar, retrocedo.

—Es… Espera —digo antes de que cierre la puerta.

Me encuentro de nuevo en la oscuridad, completamente sobrio. Desconcertado, me quedo un momento parado.

Me pregunto cómo volver a casa. Mi coche está aparcado cerca del *izakaya* donde bebí sake. Camino hasta un bulevar para coger un taxi de guardia. Hace frío. Un viento glacial me hiela la cara. Tengo mucha hambre y me tiembla el cuerpo. Me siento como un niño regañado por sus padres y puesto de patitas en la calle.

Nunca he visto a O. comportarse de manera tan orgullosa. «Adiós, Gorô». Después de Yuri, ahora es ella quien me suelta esa estúpida despedida. ¿Se trata de una casualidad? Me invade la indignación.

No veo taxis por la calle. Me pongo bajo la luz de una farola. Titubeante, abro su carta. Un cheque cae de ella. Al recogerlo, leo el importe. Es la suma que yo le había dado para ayudarla a comprar su casa.

> Querido Gorô:
>
> El otro día mencioné tu primera visita a mi casa, que tuvo lugar poco después de los funerales de mi marido. Cuando te dije lo mucho que me habías emocionado al contarme la

historia de tu infancia, tú me respondiste, sorprendido: «No me acuerdo de eso». ¿De verdad no recuerdas nada de aquello?

En efecto, eres bueno con las palabras. Conseguiste conmoverme y embaucarme para que me convirtiera en una de tus amantes.

Nos hemos visto durante cuatro años sin mayor problema. A pesar de todo, he llegado a la conclusión de que debo poner término a esta relación secreta. Lamento haberla iniciado, es culpa mía.

Te hablo con sinceridad. Al principio estaba realmente hechizada por tu encanto: alegría, amabilidad, cortesía, generosidad. Pero, con el tiempo, tuve la sensación de que eras más bien alguien herido. Intentaba hacerte sentir bien aceptando tus visitas en todo momento, e incluso empecé a representar un papel para complacerte. Acabé sintiéndome burda y cansada. Además, te volviste arrogante y autoritario y ya no soporto esa actitud.

Anoche encontré un diario personal que mi marido había escrito en la habitación del hospital. Al leerlo, de nuevo comprendí lo buena persona que había sido. Pensaba: «¡Qué suerte haber sido su esposa!». Fue en ese momento cuando decidí finalmente romper toda relación contigo.

Probablemente no te acuerdes de ese empleado discreto y honesto, pero es el hombre al que amé y a quien sigo amando.

Adiós, O.

Me quedo paralizado al pie de la farola. Un escalofrío me recorre el cuerpo. Rompo la carta y echo de nuevo a andar.

Por fin llego a casa. Al salir del coche, mascullo: «¡Qué día tan largo, penoso y humillante!». Cierro la puerta con violencia.

Todas las luces están encendidas, salvo la del salón. Son casi las once. Imagino que mi esposa aún estará despierta y Jun se ha acostado ya. Ella me preguntará cuál es la buena noticia y yo le responderé: «Tengo demasiadas responsabilidades, así que hemos encontrado una solución: cederé mi puesto a mi cuñado y yo seré el presidente honorario, que lo guiará como su mentor».

Entro en la casa. Todo está en silencio. Voy primero al salón, pero mi mujer no se encuentra allí. «Mejor. No quiero hablar con nadie ahora», me digo.

Me muero de hambre. Me dirijo hacia el comedor pensando en los manjares que le dije a mi mujer que preparara. Al entrar, me llevo una sorpresa. No hay absolutamente nada encima de la mesa. Qué extraño. Voy a la cocina. El fregadero y la encimera están despejados y limpios. Me quedo desconcertado.

Abro la nevera. No hay gran cosa: quesos, pan de molde, salchichas. No me gustan estos productos. Me apetece una sopa de miso, pescado a la plancha, *yakitoris, sashimis*. Son los platos que esperaba encontrar esta noche, junto con unas cervezas. Enfurecido, subo a la planta de arriba para despertar a mi esposa.

Su cuarto está enfrente del mío. Abro la puerta corredera y presiono el interruptor de la luz. Para mi sorpresa, no está allí. Los futones ni siquiera están extendidos sobre los tatamis. Además, el pequeño escritorio, el tocador y la cómoda han desaparecido. «¿Qué está pasando?». Confundido, me quedo un momento en el cuarto vacío.

Pienso en Jun y voy a la planta baja. Su habitación está al lado de la cocina. Delante de la puerta, lo llamo:

—Jun, ¿estás ahí?

No obtengo respuesta. Estará profundamente dormido o bien… Enciendo la luz. No hay nada: la cama, el escritorio, los libros, todo ha desaparecido.

Voy a la puerta que Jun suele utilizar, la que da acceso al patio trasero. Sus zapatos y zapatillas no están allí. Salgo. Bajo la luz, veo un gato negro cruzando el patio. Es el que merodeaba por mi terreno el otro día. Se para y se me queda mirando. Inmediatamente lo ahuyento y le tiro un trozo de madera.

¿Dónde están? Aún perplejo, regreso al salón.

Esta mañana, cuando hablé con ellos, no había nada fuera de lo normal. Mi mujer me dijo, con una sonrisa: «Espero que la reunión con tu madrastra sea provechosa». Me despedí de mi hijo para animarlo con sus exámenes y él me dio las gracias. «¡Menuda comedia!», murmuro.

Me siento en el sofá. «¿Qué está pasando a mi alrededor?», me repito. Yuri, mi madrastra, Aï y su marido, O., mi mujer y mi hijo. Uno tras otro, todo el mundo está en mi contra.

Sigo teniendo hambre. No he comido apenas nada desde esta mañana. De nuevo en la cocina, saco comida del frigorífico. De pie, delante de la encimera, muerdo un salchichón sin cortarlo y me lo trago, acompañándolo con una cerveza. Tomo también un trozo de queso.

Una vez he llenado un poco el estómago, regreso al salón y me siento de nuevo en el sofá. De mala gana, abro el sobre en cuestión. Es una larga carta. Empiezo a leer.

> Querido esposo:
>
> Hoy dejo la casa junto con Jun. Te sorprenderá nuestra ausencia repentina al volver de tu oficina, o de casa de alguna de tus amantes. Es la única manera que tengo de poner punto final a nuestra vida conyugal.
>
> No te enfades con Jun por seguirme. Se va a quedar conmigo hasta que termine el instituto. Tiene la firme intención de estudiar Psicología y yo lo apoyo. ¡Qué chico tan valioso! Es muy inteligente y tiene una sensibilidad muy fina para comprender los sentimientos de los demás. No sé cuántas veces me ha salvado consolándome cuando estaba deprimida.
>
> Tú y yo llevamos casados veintitrés años. Ha sido un tiempo largo pero también vacío. No hemos convivido, ni física ni mentalmente. Demasiado ocupado con tus amantes, nunca tenías tiempo para tu propia mujer y tus hijos.
>
> Me habías seducido cuando nos conocimos en el *miaï*. Amable y educado como un verdadero caballero, conquistaste mi corazón en el acto. Me hablaste de tu infancia difícil y me prometiste formar una familia amorosa con nuestros hijos. También me dijiste que la infidelidad y el divorcio eran inconcebibles.
>
> Yo estaba emocionada, pero todo aquello no era más que un espejismo. Así pues, lo nuestro ha terminado.
>
> Hace unos años me enteré de que, antes de comprometernos, tenías una novia a la que seguiste viendo hasta nuestra boda. Y desde entonces, ¿cuántas amantes has tenido, una tras otra?

No me atrevía a pensar en el divorcio cuando los niños todavía eran pequeños. Ahora son ellos, Yôko y Jun, quienes me animan a actuar lo antes posible, porque son realistas.

Durante mucho tiempo me sentí culpable de que nuestra vida conyugal no funcionara: era culpa mía si tú tenías necesidad de aventuras. Cada vez más deprimida, consulté a psicólogos. Sus consejos eran simples y claros: «No es culpa suya. Debe dejar a su marido». Sin embargo, no me resultaba fácil a causa de los niños. Decidí sumergirme en la pintura para ignorar lo que hacías a mis espaldas. Evitaba quedarme a solas contigo, y la casa de campo me vino bien.

Jun me dijo una vez: «Papá no cambiará de conducta. Creo que sigue estando herido por su infancia desgraciada y no ha podido desarrollar la autoestima. Tiene que seducir a las mujeres para ocupar su corazón vacío».

Me quedé asombrada por su comentario lúcido sobre ti, su propio padre. Según Jun, eres autoritario y dominante porque no puedes aceptar tu nivel de aptitud e inteligencia. Sigues estando celoso de tu media hermana. He comprendido que nunca habrá paz en tu corazón, por lo que, después de todo, siento lástima por ti.

En cuanto a nuestros hijos, te verán cuando quieran. Con respecto a sus gastos académicos, están dispuestos a pagarlos ellos mismos trabajando. Hace poco recibí una buena noticia: una importante galería acaba de comprar mis cuadros a muy buen precio, así que podré ayudarlos.

Yôko tiene un novio muy simpático. Es un empleado que trabaja de artesano en un taller de instrumentos musicales. Van a casarse el próximo año, cuando ella haya terminado sus estudios.

Por cierto, me dijiste esta mañana que ibas a traerme una buena noticia y que debía preparar tus platos favoritos para esta noche. Lo siento, no he tenido tiempo debido a nuestra mudanza. Espero que verdaderamente hayas recibido una buena noticia.

Aquí va un formulario de divorcio firmado por mí. No hay nada que discutir al respecto. Fírmalo tú también, por favor.

Adiós.

Me despierto en la oscuridad.

Acostado boca arriba, me doy cuenta de que he dormido completamente vestido. La manta se ha caído de la cama. Quiero recogerla, pero no tengo fuerzas. Intento levantarme, pero mi cuerpo se niega. Me tiemblan las manos sin que pueda controlarlo. Me duele

la cabeza. Con los ojos cerrados, espero a que se pase el dolor.

En un silencio total, reflexiono sobre la conducta de mi mujer.

Cuando nuestros hijos eran pequeños, ella se los llevaba a menudo al campo. Ya de adolescentes, preferían quedarse en la ciudad y ella hacía lo propio para ocuparse de ellos. Pronto comenzó a dormir sola en su cuarto. Luego Yôko se mudó a la residencia universitaria, y cuando Jun dormía fuera de casa, mi esposa se marchaba invariablemente al campo. Nunca me incitó a acompañarla ni me pidió que hiciéramos viajes juntos.

De pronto, siento náuseas.

Me fuerzo a levantarme para ir al baño. He de vaciar mi estómago. Una vez allí, intento vomitar. Me sube a la boca un olor desagradable a queso podrido. Eso me da aún más arcadas, pero en vano. Mi respiración se hace más corta. Me quedo parado, con la cabeza inclinada sobre el retrete. Mi saliva cae en el agua y unas lágrimas ardientes humedecen mis ojos. Finalmente me incorporo y me enjuago la boca.

Me miro en el espejo.

Mi feo rostro me espanta: los párpados hinchados, la piel sucia, los labios secos. Nunca me he visto una cara tan horrible. Me lavo, murmurando: «¡Qué horror!». Me viene a la mente la imagen de Sayoko. Oigo su voz de muchacha: «Gorô, eres un niño herido». Salgo rápidamente del baño.

Son las seis de la mañana. Todavía es de noche.

El pantalón y la camisa que llevo desde ayer están completamente arrugados. Los echo en la cesta de la ropa, me doy una ducha y me pongo un pijama limpio. Sediento, voy a la planta baja.

Mientras bebo un vaso de agua fresca, vuelvo a pensar en los quesos y salchichas que mi mujer y Jun me dejaron a sabiendas de que no me gustan nada. Saco esos alimentos del frigorífico y los tiro a la basura.

No tengo ninguna gana de ir a la oficina. Apenas fue ayer cuando mi madrastra anunció su desastrosa decisión en la sala de reuniones. Sin embargo, tengo la impresión de que este hecho ocurrió hace meses.

Vuelvo a ver las sonrisas de satisfacción de Aï y de su marido. Yo no poseo más que el treinta por ciento de las acciones, ellos el cincuenta por ciento entre los dos. Aunque Aï y yo recibamos un trato equitativo, este resultado no tiene ningún sentido. Peor aún, el quince por ciento restante se venderá a los directivos que estaban de acuerdo con que mi cuñado ocupe la presidencia.

Tras esa reunión absurda, traté de convencerme de que no estaría tan mal ser presidente honorario, ya que este cargo parece más

prestigioso que el de presidente. No obstante, sigo sintiéndome humillado por las palabras de mi madrastra: «Sí. Pero sin derecho de representación. Es lo máximo que podía hacer para salvar tu honor».

Diga lo que diga, yo soy muy popular entre nuestros clientes importantes. No salgo ociosamente para verlos en el bar o en fiestas. Siempre es en beneficio de nuestra empresa, ya que los contactos directos son imprescindibles. La gente adora mi franqueza y generosidad y, gracias a mí, nuestra clientela aumenta. En cambio, mi cuñado el químico es pedante y demasiado serio, así que nuestros clientes se aburrirán con él. Veremos…

Telefoneo para dejar un mensaje en el contestador de mi secretaria:

—Hola, soy *shachô*. No iré a la oficina pro-bablemente en todo el día. Si hay llamadas de nuestros clientes importantes, diles que pueden localizarme en el móvil. Hasta mañana.

Me apetece un café cargado. Abro los armarios de la cocina buscando los granos de café que me gustan. No los encuentro por ninguna parte, igual que el molinillo de café y la cafetera. «¿Mi mujer se ha llevado todo eso? ¡Qué vileza!». Sin saber qué hacer, entro en el salón con una botella de cerveza y pongo la televisión.

Acaban de empezar los informativos matinales. Cuentan la historia de un elefante muerto repen-tinamente en un zoo de Tokio. La cámara sigue a los visitantes conmocionados, que lloran delante de las vallas. Cambio de un canal a otro. Para mi sorpresa, en todos se repite la misma historia, como si no pasara otra cosa en Japón. «¡Qué ridiculez!«, exclamo.

La mano que sostiene el mando se detiene cuando veo en la pantalla el rostro de Yuri. Se trata de un programa de variedades. Un presentador y su ayudante hablan de ella mientras se muestra su foto.

—Yuri K. ha ganado recientemente un premio prestigioso por su papel principal en la película *No te vayas, mamá* —dice el hombre—. Y esta mañana nos anuncia una gran sorpresa: ¡está comprometida!

Mi rostro se crispa.

—Y bien, ¿quién ha conquistado el corazón de esta extraordinaria actriz? ¡Estamos deseando saberlo!

Apago la televisión. «¡Bah! No es más que un chico muy vulgar. Yuri lamentará su ingenua elección». Me acabo la cerveza de un trago.

La luz penetra en el salón a través de las cortinas. Abro las puertas correderas que dan al jardín. Estamos en diciembre, pero el sol es muy fuerte para esta época. Vienen gorriones a picotear. Pían ruidosamente al tiempo que dan saltitos. Los ahuyento con un gesto: «¡Callaos!», y escapan volando.

Vuelvo a sentir un dolor sordo en la tripa. Me viene

momentáneamente el olor a queso podrido, lo que me revuelve el estómago. Expiro con fuerza para despejarme.

Tengo ganas de fumar. Hace mucho que no enciendo un cigarrillo. Fue por Yuri, que odiaba el olor a tabaco. Al no estar enganchado, no me costó dejarlo. Mi familia me felicitó sin saber qué me había motivado. Creo que todavía hay paquetes de cigarrillos en mi cuarto, así que subo a la planta de arriba.

Veo la manta que ha caído de la cama, en la que aparece la carta de despedida de mi mujer. Qué raro. No recuerdo haberla traído aquí. No me atrevo a releerla, ni a romperla como la carta de O. La recojo y la meto en un cajón de mi escritorio.

Tras un poco de descanso, vuelvo a tener hambre.

Entro en la cocina. Naturalmente, nadie me espera a la mesa ni me han preparado mi desayuno habitual: sopa de miso caliente, un cuenco de arroz blanco, tortilla, pescado seco, *umeboshi* y trozos de *nori*. Me siento indignado con mi mujer.

Encuentro en un armario una bolsa de fideos instantáneos. No es suficiente, me gustaría prepararlos con otros ingredientes. En la nevera habrá alguna cosa como huevos o espinacas. Pero miro y resulta que no. Pienso en las salchichas que acabo de tirar a la basura. Poco me falta para volver a cogerlas. Finalmente pongo a hervir el bloque de fideos secos en una cacerola, sin ingredientes. Eso me recuerda mi época de estudiante.

Son cerca de las nueve: en Kida, todo el mundo estará trabajando en su escritorio. Pese al mensaje que dejé hace un rato a mi secretaria, nadie me ha llamado todavía al móvil. Tampoco suena el teléfono fijo. Qué raro… En este silencio total, empiezo a perder la calma.

Cuando los fideos están cocidos, añado los condimentos en polvo que vienen en un sobre. Sentado a la mesa, tomo este desayuno lamentable. La mano que sostiene los palillos me tiembla. Trago los fideos sin saborearlos. En ese momento retorna a mi mente el recuerdo de Sayoko.

—¡Gorô! No te esperaba. ¡Pasa!

Me presento en casa de Sayoko sin haber llamado. Es sábado por la noche, la víspera de mi boda. Al entrar veo libros y cuadernos desplegados en la mesa baja, situada en el centro de la habitación cubierta con tatamis.

—Tengo exámenes dentro de poco —dice.

Incómodo, me atuso el pelo.

—No te molestaré mucho tiempo.

—¡No te andes con remilgos! Es la hora de cenar. No hay más que fideos instantáneos, pero les pondré huevos y espinacas. Puedes acompañarme, ¿no?

Aparto la mirada de su sonrisa despreocupada. Ella ni siquiera sabe que me comprometí hace tres meses. Si he venido aquí, es para anunciarle que me caso mañana. Sin esperar mi respuesta, Sayoko insiste:

—Una pausa de una hora no me trastocará. ¡Siéntate!

Mientras ella despeja rápidamente la mesa, le pregunto:

—¿Ayer estuviste en la tienda?

—Sí, hasta las cuatro, como siempre.

A sus diecinueve años, Sayoko está en tercer año de su instituto nocturno. Trabaja todos los días en la verdulería, salvo el domingo, el día que suelo verla.

—Es raro que vengas aquí un sábado. ¿Alguna novedad? —me pregunta, curiosa.

—Nada… nada particular —balbuceo—. Tenía ganas de verte.

—Eres un cielo. Si me hubieras avisado de que venías, habría podido comprar algo mejor.

Sentado, espero a que prepare los fideos instantáneos en su rudimentaria cocina. Observo su única habitación, donde hacemos el amor. Aquí ella come, estudia y duerme. No tiene televisión, pero escucha la radio.

Su apartamento es verdaderamente viejo y barato. El aseo está en el pasillo, compartido con los otros inquilinos de la planta. Yo evito en lo posible usarlo para no cruzarme con sus vecinos. En cuanto al baño, hay que ir a un *sentô*, a cinco minutos andando.

Sayoko canturrea mientras lava las espinacas. Se vuelve un momento hacia mí con la misma sonrisa relajada.

—Mañana es domingo. ¿Qué vas a hacer, Gorô?

—Tengo… tengo que ir a casa de mis padres.

—¿Hay una reunión familiar?

Avergonzado, asiento. Ella empieza a cortar las espinacas.

Reflexiono. En vista de que está preparando los exámenes, quizá sea mejor no contarle lo de mi boda. Me lo replanteo: «Si seguimos viéndonos, ¿para qué hablar de ello ahora?».

Hace un año que nos vemos, después de que yo la conociera en la tienda.

En esa época, yo acababa de romper con una divorciada de cuarenta años y buscaba otra amante, esta vez más joven que yo. Sayoko era perfecta para mí. Además, vivía sola y lejos de su familia. Un día la invité a dar una vuelta en mi nuevo coche alemán. Me hablaba con gran libertad, como si fuera mi hermana mayor. Aquello me desconcertaba. Ella aún no sabía que yo era el hijo del presidente del *sakaya* Kida.

Sayoko trae dos cuencos a la mesa.

—Están listos. Buen provecho, Gorô.

Los fideos instantáneos van acompañados de un huevo pasado por agua cortado en dos, espinacas y un *umeboshi*. Los colores de cada ingrediente son vivos: blanco, amarillo, verde y rojo. Pienso en la ceremonia de mi boda mañana, que tendrá lugar en un hotel de lujo.

—¡Mañana es un día especial para nosotros! —ex-clama Sayoko.

«¿Especial?». Azorado, no contesto.

—Es el aniversario de nuestra primera cita.

—¿De verdad?

—Sí.

Me trae también platos de *tsukemono* de pepino y berenjena. Los ha hecho su abuela materna, al igual que los *umeboshi*. Gracias a ella, Sayoko es una experta cocinera. Me gustan mucho sus platos caseros, como el pescado a la plancha, el *niku-jaga*, la sopa de miso, las verduras salteadas o hervidas con salsa de soja.

Mientras comemos, Sayoko me habla de su abuela. Yo la escucho en silencio. Sé que su madre murió cuando ella era pequeña, como la mía. Su padre se volvió a casar y tuvo tres hijos con su segunda esposa. Cuando ella tenía diez años, su abuela materna la tomó a su cargo.

Sayoko me mira a los ojos.

—No pareces el de siempre, Gorô. ¿Estás preocupado por algo?

Niego con la cabeza mientras como el *umeboshi*. Sayoko no insiste y sigue con su cháchara. Hoy habla mucho de su abuela, que vivía sola en Okayama, donde ella nació.

Sayoko me trata como a un viejo amigo. Eso no ha cambiado desde nuestra primera cita. Cuando finalmente le desvelé que yo iba a ser el

próximo presidente del *sakaya* Kida, no se quedó en absoluto impresionada. Al contrario, se burló de mí: «¿Cómo? ¿No puedes elegir tu futuro? Además, no tienes madera de presidente. Será muy pesado para ti, mi pobre Gorô».

Sigue hablando y yo la escucho sin decir una palabra.

Su padre trabajaba en una pequeña empresa de construcción. Estaba mucho tiempo ausente debido a su trabajo. Sayoko se sentía triste en su nueva familia. Envidiaba a su hermanastro y a su media hermana, que tenían su propia madre. Lloraba pensando en la suya, a la que ya no recordaba.

—Mi padre no entendía mi soledad —dice Sayoko—. Él me repetía: «Obedece a tu nueva mamá. Sé buena con tu hermano y con tus hermanas». Yo hacía todo lo que me decía mi madrastra para que me quisieran. Mi padre estaba contento conmigo. Yo creía que todo iría bien mientras complaciera a mis padres.

Al oírla, veo de nuevo a mi madrastra abrazando a Aï y canturreando mientras la acunaba. Distraído, oigo la voz de nuestro profesor de piano: «Gorô, diviértete como si cantaras. Toca con el corazón, como tu hermana».

Una sonrisa irónica se pinta en los labios de Sayoko.

—Me portaba tan bien en la escuela que me llamaban «Sayoko la formal».

—A mí me llamaban «Gorô el formal» —replico sin pensar.

Se echa a reír.

—¿Tu madrastra era mala contigo? —le pregunto.

—No. Al contrario, era una mujer amable. Mi padre se casó con ella pensando que nos llevaríamos bien. A pesar de todo, yo era infeliz al lado de mis hermanastros. Incluso empecé a atormentarlos cuando mis padres no estaban.

Sayoko se queda un momento callada. Recuerdo una escena: yo mirando en silencio a toda mi familia mientras ellos mimaban a Aï. Para mi padre, la paciencia y la obediencia eran las virtudes supremas, y yo también lo creía.

—Tu abuela materna se hizo cargo de ti. ¿Por qué razón? —le pregunto a Sayoko.

—Estábamos muy unidas. Le supliqué a mi padre que me dejara vivir con ella.

—¿Y tu padre y tu madrastra accedieron?

—Sí. Ella me cuidó con mucho amor y fui muy feliz en su casa.

Sayoko se pone a hablar de la importancia del amor sin reservas. La psicología no me interesa. Sobre todo, odio escuchar la palabra *amor*. Dejo de prestar atención a lo que dice e intento pensar en la boda. Mi prometida es parca en palabras, muy diferente de esta

estudiante.

Sayoko se termina su cuenco de fideos instantáneos mientras que yo no he comido más que la mitad del mío. Sigo callado.

—¿Alguna vez has querido a una mujer? —me pregunta de pronto.

—¿Cómo?

Dejo los palillos en la mesa, ya sin apetito, y consulto mi reloj.

—Debo irme.

—¿A dónde?

—Al trabajo, naturalmente. Yo no soy un empleado como tú. Como futuro presidente, tengo muchas cosas que hacer. Buena suerte con los exámenes.

Se levanta.

—¡Espera! Tengo un regalo para ti.

Me estremezco: «¿Un regalo? ¿Se ha enterado de lo de mi boda?». Saca un pequeño sobre marrón del *oshiire* y me lo da.

—Toma, Gorô.

—¿Y esto por qué?

—Para celebrar el aniversario de nuestra primera cita.

Desconcertado, me quedo mirando el paquete sin tocarlo.

—Puedes abrirlo ahora —dice.

No sé qué decir. Indeciso, rasgo el papel. Es una corbata de un tejido azul oscuro. Una corbata barata. En la parte inferior tiene estampada una flor de *suisen* un poco infantil. La acepto por cortesía.

—Es bonita. Gracias.

—El patrón es demasiado ingenuo para tu edad. Probablemente no la lleves nunca, pero estaré contenta si la guardas como un recuerdo mío.

Meto la corbata en el bolsillo interior de mi chaqueta. Se hace de nuevo el silencio.

—Como yo, tú fuiste un niño herido.

—¿Herido? —pregunto, desconcertado.

Ella asiente.

—Que no tuvo la oportunidad de desarrollar debidamente el amor propio. Pero no es culpa tuya.

Habla con tono tranquilo, pero yo me enervo.

—Tengo que irme —repito.

Me acompaña a la entrada.

—Cuando haya terminado los exámenes, iremos a dar un paseo —propone mientras yo me pongo los zapatos.

Alzo la vista. Su dulce sonrisa sigue ahí.

Emerjo de un sueño profundo.

El reloj de péndulo marca las cinco pasadas. La hora en que nuestras oficinas cierran para los clientes. Creo que nadie me ha telefoneado, como si no yo existiera. ¿Mi madrastra habrá anunciado ya su decisión a los directivos? No, no sería posible sin mi presencia como presidente honorario.

Está oscuro, pues los días siguen acortándose.

Salgo a recoger el periódico de hoy y el correo del buzón. Parado en la escalinata, observo el jardín. El gato negro lo está cruzando. «¡Otra vez! ¡Largo de aquí!». Lo amenazo levantando el brazo y él se escapa.

Hay bastante correo. Entre otras cosas, encuentro diez tarjetas de respuesta enviadas por mis antiguos compañeros de la escuela T. Todos han aceptado mi invitación para la reunión que tendrá lugar en enero, dentro de un mes. Cada uno ha escrito palabras de agradecimiento.

Me quedo paralizado cuando leo una posdata donde se mencionan los nombres de Mitsuo K. y Mitsuko T., a quienes me niego a invitar. La nota me informa de que Mitsuo tiene su propia revista de información, además de ser escritor, y que Mitsuko regenta una librería especializada en filosofía, famosa entre los universitarios.

No soporto estar aquí solo, así que decido salir.

Sin saber a dónde ir, me pongo una cazadora encima de la camisa blanca que llevo desde esta mañana y me miro en el espejo. Se me nota la barba, pero no tengo paciencia para afeitarme. Me calo el sombrero de fieltro gris y salgo de casa.

Sentado en el coche, me pregunto a dónde ir. El destino da igual: quiero matar el tiempo en un lugar donde no conozca a nadie. El nombre de Kanazawa me viene a la mente como un fogonazo. Es la ciudad que visité con Sayoko al comienzo de nuestra relación. Vacilo un momento, pero finalmente pongo rumbo en esa dirección.

Fuimos a Kanazawa pasando por Takayama. Tardamos unas seis horas debido a los caminos montañosos. Pero esta vez pasaré por Maïbara. La distancia es más larga, pero se llega antes gracias a las autovías.

«¡Qué asco de vida!», me repito mientras conduzco.

Mi carrera se ha malogrado por completo, igual que mi familia. Todavía estoy al comienzo de la cincuentena. ¡Menuda pesadilla! No quiero pensar más en mi mujer ni en mis amantes, que me han

abandonado de repente, como si se hubieran puesto de acuerdo. Lo peor es que mi hija se va a casar con un hombre que yo no he elegido.

Pienso en Sayoko. Yo había ido a su casa con el propósito de confesarle que me casaba al día siguiente, pero me fui sin haberlo hecho. Fue la última vez que la vi.

Después de la boda, me mudé con mi mujer a un apartamento del centro de Nagoya, lejos del barrio donde vivía Sayoko. No le había dado mi nueva dirección. Si ella hubiera querido ponerse en contacto conmigo habría podido localizarme en la oficina, pero no lo hizo.

Entro en la autovía Meishin. En ese momento me viene a la mente una escena de nuestro viaje a Kanazawa.

Sentada a mi lado, Sayoko contempla el paisaje mientras yo presumo de mi nuevo coche alemán. Ella vuelve la cabeza hacia mí.

—Gorô, ¿eres un *playboy*?

Su tono es burlón.

—¿Yo? ¿Un *playboy*? —digo, riendo.

—Tengo la impresión de que cambias de amante como de camisa.

—¿Y eso?

—Para invitarme a salir, intentaste seducirme con palabras bonitas y gestos caballerosos.

—¡Pero eso les gusta a todas las mujeres!

—Pues a mí no.

—¿No? ¿Entonces por qué aceptaste mi invitación?

—Sentía curiosidad por conocer a un hombre como tú, que ha de hacer un esfuerzo semejante para llamar la atención. Me preguntaba por qué no te comportabas de manera natural.

—¿Cómo que no? ¡Yo soy natural!

—¿De verdad? ¿Cambiar continuamente de amante no te deprime, como si todo fuera temporal?

—Todo es temporal, señorita. No hay nada que dure eternamente.

—¿No crees en el amor verdadero?

—¿El amor verdadero? Es demasiado ambiguo. No, no creo en eso. Además, hay un montón de chicas guapas y encantadoras. Debo aprovecharlo, y eso vale también para ti. Hay muchísimos hombres guapos, ¡aprovéchalo!

—Los seres humanos no son prendas de vestir. Te hablo en serio. ¿Serías capaz de querer de verdad a una mujer?

—¡Qué pregunta tan rara a tu edad! Escucha, Sayoko, la vida es corta y me gustaría conocer al mayor número posible de jóvenes solteras. Es mejor ser libre que estar atado a una sola.

—Eres lamentable. Llorarás algún día si piensas así.

—¿Llorar, yo? ¡Imposible!

Sayoko era diferente de las chicas que yo había conocido. Cuando le dije que todas las muchachas aspiraban a casarse con un príncipe azul, me respondió:

—Una vida de Cenicienta no es mi sueño. Me encanta aprender en general. Me gustan los desafíos y quiero explotar mis propias posibilidades. Soy pobre, pero no me avergüenza. Estoy orgullosa de estar ocupada con mis estudios y mi trabajo.

Me resultaba imposible imaginar su vida. No comprendía su mentalidad: pobre pero orgullosa de sus estudios y hasta de su triste empleo. Creía que se las daba de valiente. Para mí, la pobreza es una deshonra.

Fue después de ese viaje a Kanazawa cuando decidí revelarle quién era yo. Estaba deseando ver su reacción. Ella se mostraba respetuosa y admirada conmigo.

—Sayoko, soy de la familia del *sakaya* Kida. Heredaré la empresa y seré el próximo presidente.

—No es verdad…

Se quedó asombrada, tal como me esperaba, lo cual me agradó. Sin embargo, fue entonces cuando me soltó en tono burlón:

—¿Cómo? ¿No puedes elegir tu futuro? Además, no tienes madera de presidente. Será muy pesado para ti, mi pobre Gorô.

Ese comentario me sacudió, e incluso me ofendió. Mientras buscaba las palabras para responderle, ella añadió, como queriendo consolarme:

—Ah, comprendo por qué no has hablado de ello antes. Te avergonzaba tu situación familiar, ¿verdad?

Parecía sentir verdadera lástima por mí, lo que me ofendía aún más.

A Sayoko le gustaba hablar de ciencia, de literatura, de historia. Describía emocionada un hecho científico que acababa de aprender. Aquello me sorprendía, pues nunca había conocido una chica semejante.

No me gustaron mis estudios de Comercio. Mis padres no me habían hecho ninguna sugerencia sobre la escuela ni sobre la facultad. Yo elegí esa materia pensando que les complacería. De todas formas no me interesaba nada y estudiaba únicamente para obtener un título relacionado con mis cometidos futuros.

Sayoko me preguntó una vez:

—¿Cuál es tu pasión?

—¿Pasión?

—Sí. Aparte de seducir a las mujeres.

Se estaba burlando claramente de mí.

—Ninguna.

—¿Ninguna? Me dijiste que juegas al golf muy a menudo. ¿Ese deporte no es tu pasión?

—Solo es parte de mi trabajo, como ir al bar con nuestros clientes.

—Es comprensible. No estás hecho para ser un hombre de negocios. Creo que eres más bien un artista, quizá músico o poeta.

Su comentario me agradó.

—Tocaba el piano cuando era pequeño —le conté, orgulloso—. Ganaba una medalla en cada concurso, sin excepción. Hasta escribí canciones. Mis padres pensaban que sería músico.

—¡Magnífico! Me gustaría escucharte tocar el piano.

—No lo toco desde los quince años.

—Qué pena. Tendrías más encanto tocando el piano que alardeando de la riqueza de tu familia.

—Y tú, ¿qué harás después del instituto? ¿Seguirás trabajando en la misma verdulería?

—No, pienso estudiar Psicología en la universidad.

Vuelvo al presente. Estoy entrando en la ciudad de Maïbara. Aquí se cruzan tres autopistas y tres líneas de tren: hacia el oeste, el este y el norte. Me acerco al intercambiador M. Al tomar la dirección norte hacia Kanazawa, tengo un sentimiento opresivo: me hallo ahora ante el primer cruce de caminos de mi vida, y no sé cuál tomar. Me invade una angustia desconocida para mí.

Al caer la noche, empieza a nevar.

Llego a Kanazawa.

La ciudad está cubierta de nieve. Tomo una habitación en un hotel de negocios común y corriente, justo al lado de la principal estación de tren de Kanazawa. Dejo el coche en el aparcamiento y salgo a pasear por el barrio.

Hace mucho más frío de lo que preveía. Parado en la acera, observo a los transeúntes. Con la cabeza gacha, caminan con paso apresurado. Nadie me conoce, nadie me llama «*¡shachô!*», nadie repara en mí. Me siento como un huérfano arrojado de pronto a la calle.

Estoy todo el tiempo rodeado de multitud de personas. Las fiestas me gustan. No quedo con nadie de forma desinteresada. Presumo de tratar con famosos y muestro las fotos en las que salgo con ellos. Todo el mundo me envidia: «*Shachô,* ¿usted conoce a toda esta gente? ¡Es impresionante!».

Ahora pienso, deprimido: «¿Pero quién está orgulloso de conocerme?». Nadie. Ni mi familia, ni los empleados, ni los clientes, ni los famosos que salen en mis fotos, ni mis antiguas amantes.

Tengo hambre. Me he saltado varias comidas en los últimos dos días. Entro en un *izakaya*. Ha pasado la hora de la comida y hay poca gente. Sentado a una mesa del fondo, pido una sopa de miso, un cuenco de arroz, un *sanma* a la plancha y tofu. ¡Por fin mis platos favoritos! Aliviado, empiezo rápidamente con la sopa caliente.

Saciado tras la comida, me encuentro de nuevo en el frío. Está nevando. No me apetece volver inmediatamente a mi insulso hotel. Mientras camino, veo una calle comercial con soportales y me meto por ella con la idea de beber en un bar.

La calle se halla en calma. La mayoría de las tiendas están cerradas. Unos pasos más allá, me fijo en una sala de cine y me paro. Un cartel muestra una gran foto de Yuri K. sonriendo a un niño bajo el título de su última película: *No te vayas nunca, mamá*. «¿He amado yo a esta actriz?», me pregunto, confundido.

Está entrando gente en el cine. De mala gana, me dirijo a la taquilla. La próxima sesión empieza dentro de diez minutos. Vacilo un momento y acto seguido compro una entrada.

La sala está bastante llena, sobre todo de mujeres. En la pantalla desfilan los tráileres de otras películas. Tomo un asiento en la última fila y espero, inquieto.

Llevo años sin ir al cine. Fui varias veces con mi mujer durante el noviazgo, nada más que para complacerla. La historia siempre me

parecía demasiado sentimental y me aburría. Después de la boda, dejé de acompañarla.

Empieza la película. Aparece un niño en la pantalla. Es un muchacho de diez o doce años. Corre por un prado de flores amarillas, mientras la luz del sol inunda el campo. Se escucha una voz de mujer:

—¡Espera, cariño!

Es la voz de Yuri. Al poco ella aparece con un vestido beis de primavera. Su pelo largo y negro flota al viento. El niño corre aún más rápido al tiempo que da gritos de alegría. Luego se tropieza y cae.

—¡Mamá! —dice, llorando.

Yuri lo toma en sus brazos y se pone a caminar hacia el horizonte.

Lentamente la cámara se aparta de ellos para enfocar nuevamente el gran prado florido y, a continuación, el cielo azul con los nombres de los actores y actrices, empezando por Yuri K. En ese momento se escucha una canción familiar:

> *En el campo de* suisen, *bailas mientras me acunas.*
> *En tus dulces brazos, miro tu dulce sonrisa.*
> *Tu cara es como el sol.*
> *¡No te vayas nunca, mamá!*

Es la canción que oí en la recepción de la productora H. y en casa del político. Entonces me burlé de esas palabras tan ingenuas, pero esta vez las escucho con sentimientos mezclados. Pienso en mi madre.

Ahora se ve en la pantalla el interior de un hospital. Un niño y un hombre están sentados en un banco del pasillo. Los médicos y enfermeras pasan delante de ellos.

—Papá, ¿por qué mamá duerme tanto? —pregunta el niño—. ¿Es que no se despierta?

—Sí, pronto despertará. No te preocupes, Ken —responde el padre, esbozando una sonrisa.

Saca de la bolsa una hoja de papel y un lápiz y se los da.

—Dibuja un gato. Te encantan los gatos, ¿no?

—Quiero dibujar a mamá —responde el niño—. Es a ella a quien más quiero.

—Por supuesto, Ken.

El hombre deja el papel en la mesa baja y su hijo traza torpemente un círculo. Se hace un silencio.

Se abre la puerta que tienen delante y aparece un médico, seguido de una enfermera. El padre se levanta con gesto nervioso, mientras Ken sigue dibujando. La expresión del médico es sombría y el padre escucha con la cabeza gacha. Ken les enseña el dibujo.

—Es mamá. ¡Está despierta!

Azorados, los dos hombres miran la imagen: el rostro de una mujer con los ojos muy abiertos. La enfermera se inclina hacia el niño y le dice con ternura:

—¡Ken, es excelente! Tu madre estará contenta.

El niño sonríe. Escruto su mirada inocente y un dolor me invade el corazón. Yo en esa época tampoco sabía lo que estaba pasando a mi alrededor. «Mamá ha muerto». ¿Qué significa eso para un niño de apenas tres años? No recuerdo cómo mi padre me explicó esa tragedia. Lo que sí está claro en mi memoria es que no lloré.

En la pantalla se ve a Ken jugando solo en el salón de una gran casa tradicional. En una habitación contigua, su padre habla con una mujer mayor vestida con un kimono.

—Tienes que dejar de decir tonterías a tu hijo. Ni siquiera lo llevaste al funeral.

—Madre, todavía es muy pequeño. No quiero que se quede traumatizado al saber la verdad. He decidido explicárselo más adelante.

—Yo no puedo mentir como tú.

—No será por mucho tiempo. He conocido a alguien con quien planeo casarme.

Ella no parece conforme.

—¿Ya estás listo para volverte a casar? ¿Y eso?

—No me mires así. No engañé a mi mujer cuando estaba enferma. Tengo buena salud y es mejor que me case, sobre todo por mi hijo. Necesita una madre.

Siguen hablando.

A mí también me dejaron al cuidado de mi abuela paterna durante un año. Era estricta. «Lávate las manos, recoge los juguetes, no te manches la ropa…». Cuando yo lloraba, me regañaba repitiendo: «¡Basta, Gorô! Eres un chico, sé fuerte».

Cambia la escena. El niño está jugando en el jardín de su abuela. El padre vuelve, esta vez con una mujer joven. «¡Ah, es Yuri!».

—¿Quién es esta señora? —pregunta Ken a su padre.

—Es tu nueva mamá.

—No. Mamá está durmiendo. Yo sigo esperándola.

—Lo sé. Puedes llamarla *okâsan*, ¿de acuerdo?

Okâsan se acerca a Ken, que se esconde detrás de su padre. Se me encoge el corazón. Quiero saber cómo terminará aceptando a su nueva madre.

Trato de recordar el momento en el que mi padre me presentó a mi madrastra. A los cuatro años, yo debía de ser más consciente que el niño de la película. Sin embargo, no recuerdo claramente su imagen de entonces, solo su ropa de calle.

En la pantalla aparece un campo extenso. Ken y *okâsan* están paseando. Él señala a una flor o a un insecto y ella le enseña el nombre. Los pájaros echan a volar. Siguen andando, pero de la mano. El niño se cansa y *okâsan* lo sube a caballito. Camina canturreando una canción. Al poco, el niño se queda dormido con la cabeza apoyada en su hombro.

Observo la cara del niño como si fuera la mía, y la de la mujer como si fuera la de mi verdadera madre. La actriz Yuri K. ya no es importante para mí.

Vuelven los dos a casa. El niño, que sigue montado en la espalda de la mujer, se despierta. «*Okâsan*, tengo hambre». Ella sonríe: «Yo también».

Sentado a la mesa, Ken se entretiene con animales de plástico. Mira la espalda de *okâsan*, que está cortando una zanahoria. Ya no hay música ni palabras. Solo se oye el ruido de utensilios y los murmullos del niño. Él juega con dos canguros: uno lleva en su bolsa ventral un bebé. La mujer se vuelve hacia el niño sin decir nada pero con una ligera sonrisa en los labios.

Pienso en la temporada que viví con mi abuela. Había una mujer contratada para hacernos la comida. Llegaba a nuestra casa y se iba a horas fijas. No recuerdo si cocinaba bien o no. La situación era parecida después de que mi padre se volviera a casar.

Ahora, el niño y su madrastra están en el *ofuro*. *Okâsan* lava dulcemente el cuerpo de Ken y el suyo propio con jabón. Tras enjuagarse con el alargador de la ducha, se sumergen en agua caliente. Sentada en el banco interior, *okâsan* sostiene a su hijo sobre las rodillas.

—¿Mamá sigue durmiendo?

—No, cielo. Ya no duerme.

—¡Por fin se ha despertado!

—No, ha muerto.

—¿Muerto? ¿Eso qué significa?

—Que se ha ido a otro mundo.

—¿A otro mundo? ¿Dónde?

—Muy lejos. Demasiado lejos para visitarla.

—¿Mamá ya no volverá aquí?

—No, pero piensa siempre en ti.

—¿Como tú?

—Sí, como yo, como tu padre.

—No te vayas nunca.

—No, nunca te abandonaré.

La mujer abraza con fuerza al niño. Con la mejilla apoyada contra su dulce piel, Ken permanece inmóvil. Su rostro llena la pantalla. Su

expresión me parece tan natural que olvido que se trata de una película. Se me nubla la vista y mis ojos se llenan de lágrimas. Murmuro: «Mamá…».

En cuanto aparecen los títulos de crédito, corro a los baños del cine.

En el espejo me veo cansado, deprimido, triste. Se me nota la barba. Mientras me lavo la cara, oigo la voz de Sayoko: «Eres un niño herido». De pronto me entran ganas de llorar.

Tras haber pasado la noche en Kanazawa, regreso directamente a Nagoya. Cuando llego a mi casa, son casi las tres de la tarde.

Nadie me recibe en la entrada. El silencio me pesa. Mi casa es espaciosa y moderna. Es aquí donde crecieron mis hijos. Y después de más veinte años de vida familiar, estoy solo en ella. Suspiro mientras me quito los zapatos.

Ha sido un largo viaje en coche. Agotado, descanso en el salón.

Echado en el sofá, miro la pared donde cuelgan fotos lujosamente enmarcadas: yo con un político famoso, un escritor de éxito, una estrella de cine, un embajador extranjero. «Es ridículo…», murmuro.

Lentamente, me levanto y me dirijo hacia las fotos. Arranco los marcos de la pared, uno tras otro, y acto seguido los meto en una bolsa de basura negra. La pared totalmente desnuda ahora me parece muy rara. «¿Qué haré con esta bolsa?», me pregunto. Me quedo parado un momento. Finalmente la llevo al trastero, situado en la esquina del patio trasero, y la tiro al fondo.

Justo cuando salgo del trastero, me parece oír un maullido. Miro a mi alrededor, pero no veo ningún gato. Luego escucho claramente: «¡Miau! ¡Miau!». Estoy tentado de ver a ese bicho, al que suelo evitar.

Encuentro al gato negro detrás del trastero, atrapado por un hilo metálico. Es el que rondaba por la casa. En cuanto me ve, se pone de nuevo a maullar con más fuerza. Tumbado, respira pesadamente. Lo examino de cerca. Tiene sangre en el pelo y una herida en la pata delantera derecha. Su mirada me inquieta. Regreso al trastero y vuelvo con un alicate y un par de guantes gruesos de jardinería.

El gato jadea con los ojos medio cerrados. Me da miedo su reacción. Inquieto, corto el hilo metálico. Agotado, el gato no se mueve. Una vez su pata está liberada, pienso: «¿Qué voy a hacer con este animal?». Podría llamar al servicio de salud pública, eso sería lo más fácil para mí. Sin embargo vacilo: lo sacrificarían si nadie lo quisiera adoptar.

Sin haber decidido todavía qué hacer con él, entro de nuevo en la casa. Busco una caja de cartón y una vieja toalla y vuelvo delante del gato. Con precaución, lo acomodo en la caja. En ese momento me acuerdo de la clínica veterinaria que acaba de abrir al lado de mi *izakaya* favorito. Si pago los gastos médicos, la clínica podrá cuidar de él hasta que lo adopten. Nunca imaginé que tendría que tratar con un veterinario.

Llevo el gato al salón. Sentado en el sofá, enciendo un cigarrillo.

Pienso en el veterinario que bebía a solas en el *izakaya* el otro día. Su cara me dio una impresión de soledad. Esa noche yo estaba furioso por las palabras de mi madrastra. No sé su nombre ni recuerdo el de la clínica, así que no queda otra que acudir sin cita.

Mientras fumo, me quedo mirando la pared completamente desnuda del salón.

Me toco las ásperas mejillas. No tengo ganas de afeitarme, ni siquiera de verme en el espejo. Echo una ojeada al gato en la caja. El animal abre los ojos y nuestras miradas se cruzan.

Con las gafas de sol puestas, voy a la clínica veterinaria.

La joven recepcionista, sorprendida al escuchar mis explicaciones, se cerciora:

—Entonces, es un gato abandonado.

Asiento. Ella acaricia la cabeza del animal, que está tranquilo en la caja de cartón. «El pobre…», repite, y a continuación me pregunta con tono preocupado:

—¿Tiene intención de quedárselo?

—Sí —respondo sin pensar.

—¡Es muy generoso de su parte, señor! —exclama ella con una gran sonrisa.

No entiendo por qué he dicho que sí. Siendo una persona a quien no le gustan los animales, ¿cómo podría cuidar de uno? La recepcionista ya está rellenando un formulario.

—Necesitamos un nombre para él. ¿Tiene alguna idea?

«¿Un nombre de gato?». Su pregunta me pilla por sorpresa. Incómodo, le pregunto:

—No lo he pensado. ¿Tiene alguna sugerencia?

—Es macho. Puede elegir algún nombre del tipo Sora, Maru, Reo, Tama.

No sé qué decir. La palabra *sora* me gusta, pero vacilo. Ese nombre me recuerda una escena de la película que vi ayer: un cielo azul, el sol brillante, un campo de flores amarillas. La recepcionista está esperando mi respuesta.

—Bueno, le llamaré Suisen —contesto de manera espontánea.

Me mira, con gesto de sorpresa.

—¿Suisen? ¿Quiere decir la flor?

—Sí. Es un nombre bonito, ¿verdad?

—¿Por qué no? —dice ella, sonriendo—. Es un gatito adorable. Y bien, ¿qué caracteres prefiere: *kanji, katakana* o *hiragana*?

—No lo sé.

—*Katakana*, quizá —me propone—. Su forma es simple y más bien masculina.

Acepto y ella inscribe el nombre del gato en el primer formulario.

—Esta palabra me hace pensar en un apuesto joven de la mitología griega.

Sus palabras me desconciertan.

—¿Conoce la historia de Narciso? —pregunta, risueña—.

Enamorado de su imagen reflejada en el agua, se cayó a un estanque y se ahogó.

No digo nada. La recepcionista me da un segundo formulario para que lo rellene. Mientras escribo mi nombre y mis datos de contacto, ella le habla a «mi gato»:

—¡Ah, Suisen! ¡Qué guapo y adorable eres! Todo el mundo te admira porque eres especial.

Mi mano se detiene.

—Tienes suerte, así que pórtate bien con tu nuevo amo —continúa la mujer.

Le devuelvo el formulario relleno y ella lo comprueba mecánicamente.

—Muy bien, señor Kida, espere su turno allí.

Me parece que no sabe quién soy, lo cual me alivia. Me siento cerca de la ventana.

Una mujer mayor entra con un perro y la recepcionista la saluda como si esperara su visita. La mujer tiene un acento diferente al de aquí. Aunque hay varios asientos libres, se sienta a mi lado. Su perro se porta bien. Ella me hace preguntas en tono amistoso sobre «mi gato». Repito lo que le expliqué a la recepcionista.

—Verá, esta clínica acaba de abrir —me susurra—. Es la segunda vez que vengo y el veterinario me parece excelente.

—¿Ah, sí?

—Es un hombre de cincuenta y tantos, natural de Yokohama, como yo. A su edad no es fácil empezar una nueva vida en un lugar desconocido, por lo que admiro su valentía.

—Pero tendrá una familia.

—Es viudo y sus hijos viven en el extranjero.

La mujer sigue hablando y yo la escucho, distraído. Tras perder a su mujer, ese hombre de mi edad volvió a empezar de cero. Yo, que acabo de ser abandonado por mi mujer y mis hijos, ¿cómo reconstruiré mi vida? Miro al gato dormido en la caja de cartón.

La recepcionista me llama.

—Señor Kida, es el turno de Suisen. Pase, por favor.

—¿Suisen? ¡Qué nombre tan curioso para un animal! —exclama la mujer.

Salgo de la clínica sin «mi gato». Son casi las cinco y planeo hacer la compra.

El veterinario me ha dicho que la clínica lo cuidaría esta noche y que yo podía ir a buscarlo mañana antes del mediodía. La herida en sí no es grave. No obstante, dado que se trata de un gato vagabundo, hay que lavarlo, examinarlo para ver si tiene cualquier tipo de enfermedad o bacterias, y vacunarlo. Con todo, al veterinario le parece que su estado general es bueno.

Mientras me dirijo hacia el coche, pienso en las palabras del veterinario: «Este gato le debe mucho. Yo se lo agradezco por él. Muchas gracias, señor Kida». Incluso se inclinó ante mí. Desconcertado por ese gesto, yo miraba su pelo prematuramente gris.

Al subir al coche, pienso en la verdulería donde Sayoko trabajaba en otro tiempo. «¿Seguirá existiendo?», me pregunto. Pongo rumbo hacia allí.

Quince minutos después, llego al lugar por el que evitaba pasar desde mi boda. Para mi sorpresa, ahora es un pequeño supermercado moderno y coqueto. Imagino que habrá cambiado de dueño.

Entro. Hay un montón de clientes y el interior está limpio. Doy una vuelta observando los productos bien ordenados. Las verduras y frutas son muy frescas. Cojo una cesta y meto en ella huevos, espinacas, pescado, tofu, pollo y, por último, algunas latas de comida para gatos.

Con mi barba de varios días, gafas de sol y una vieja chaqueta, nadie me reconoce. Al pagar, le pregunto a la joven cajera:

—Yo solía venir a esta tienda hace mucho tiempo. ¿Ha cambiado de dueño?

—No, sigue siendo el mismo propietario.

—Entonces es él quien la transformó en un pequeño supermercado.

—Sí, señor.

Me quedo callado. En aquella época, yo me burlaba de su tienda lastimosa y Sayoko defendía a su jefe: «Trabaja duro y siempre nos paga puntualmente. Es un hombre honrado y humilde al que respeto mucho».

—Me gustaría verle —digo.

—Ha salido un momento —me responde la cajera—. Si quiere verle…

—No, da igual. En realidad, una conocida mía trabajaba en esta tienda y pensaba que quizá él tuviera noticias suyas.

—¿Cómo se llamaba esa persona?

—Sayoko M.

La cajera reacciona al instante.

—¡Sayoko M.! ¡Aquí todo el mundo conoce ese nombre!

—¿Cómo?

—El jefe habla de ella a menudo. Esa mujer es un modelo para nosotros.

No me esperaba esa respuesta.

—¿Un modelo? ¿Por qué? —le pregunto.

—Verá, aquí todos los empleados jóvenes estudian en institutos nocturnos. Mientras trabajaba, la señora M. terminó sus estudios no solo en el instituto sino también en la universidad. ¡Incluso obtuvo un doctorado!

Estoy asombrado: «¿Sayoko ha hecho estudios tan avanzados?».

—¿Un doctorado en qué?

—En Psicología.

Me quedo con la boca abierta.

—Naturalmente, la señora M. ahora es psicóloga. Además, escribe libros.

—¿Libros?

—Sí, es especialista en problemas del comportamiento en adultos. Yo he leído todo lo que ha publicado. El libro que más me gusta es *El niño herido y el adulto malogrado*.

La chica coloca diligentemente mis compras en bolsas de plástico. Titubeante, le hago otra pregunta:

—¿Tiene su propia consulta?

—Sí, señor. Está en el edificio E., enfrente de la estación de Nagoya.

Salgo del supermercado con dos pesadas bolsas. El cielo está iluminado.

En el coche, me quedo sentado un buen rato. No sé a dónde ir ahora. De pronto me viene a la mente una escena de la película de anoche: el niño pequeño acurrucado contra el pecho de su nueva madre. Con los ojos empañados de lágrimas, murmuro: «… *En tus tiernos brazos, miro tu dulce sonrisa…*».

Alzo la vista hacia el cielo rojizo. «¡Qué bonito!». Lentamente, me enderezo. Decido ir a casa de mi madrastra a recoger la corbata que me regaló Sayoko y, finalmente, arranco el coche.

GLOSARIO

Aïsaïka: buen marido. Literalmente: hombre que ama a su mujer.

Hiragana: escritura silábica japonesa.

Izakaya: bar japonés, donde se sirven alcohol y platos sencillos.

Kanji: ideogramas chinos.

Katakana: escritura silábica japonesa usada principalmente para las palabras de origen extranjero.

Kokugo: lengua nacional.

Kyôju: profesor de más alto rango en un departamento universitario.

Love-hotel: lugar donde se puede reservar una habitación por horas o por una noche para tener relaciones íntimas.

Miaï: encuentro organizado con vistas a una boda.

Miso: pasta de soja fermentada.

Noku-jaga: plato preparado con carne, patatas y cebollas, en una salsa de soja dulce.

Nori: hoja de alga seca.

Ofuro o *furo*: bañera japonesa honda. Uno se lava fuera antes de sumergirse en el agua caliente.

Okâsan: mamá, madre.

Oshiire: armario empotrado para ropa de cama y prendas.

Sakaya: tienda o comerciante de licores.

Sanma: pescado similar a la sardina.

Sensei: término de cortesía que se usa con alguien a quien se respeta como un maestro o un sabio.

Sentô: baño público.

Shachô: presidente de una compañía.

Shachô-san: el presidente o la presidenta (de una compañía).

Shinkansen: tren de alta velocidad japonés.

Sora: cielo.

Suisen: narciso.

Tsukemono: verduras saladas para acompañar el arroz.

Umeboshi: ciruela confitada en sal con hojas de perilla.

Yattokame: «¡Cuánto tiempo sin veros!». Dialecto de la prefectura de Aïchi.

Yosomono: extranjero. *Yoso*: otra parte; *mono*: persona.

Si te ha gustado
Suisen, el gato de Gorô
te queremos recomendar
Miss diciembre y el clan de luna
de *Antonia Murgo*


Nørdicainfantil
ANTONIA MURGO
MISS DICIEMBRE
y el CLAN DE LUNA
Traducción de Blanca Gago

EN LA CHIMENEA

Diciembre abrió la boca y se frotó los ojos. Había un niño en la chimenea de la casa.

Había visto niños en las cunas y los cochecitos, dentro de los buzones y en las cestas de la lavandería, en los cañones y las jaulas de los tigres, pero nunca en una chimenea. La cabeza le sobresalía como un ovillo de humo por la garganta de piedra y el pelo de cuervo le ondeaba al viento, o quizá era un mirlo que le había anidado entre las orejas.

Sin duda, aquel niño estaba mirándola. No había nadie más en el camino de entrada, nadie más allá de las puertas que marcaban los límites de la mansión.

La casa era un edificio de dos pisos de ladrillo rojo coronado por una torrecilla y franqueado por una hilera de árboles amarillos. Había hojas secas en el jardín y enredaderas en las ventanas, como si el invierno aún no hubiera llegado.

Diciembre sacó el recorte de periódico donde venía impreso el anuncio de trabajo y comparó la dirección con el número de la puerta: ambos coincidían.

—¿Ha venido por la entrevista? —preguntó el ama de llaves que le abrió la puerta—. La he visto desde la ventana.

Diciembre asintió y se acercó a ella con cautela.

—Hay un niño en la chimenea —susurró preocupada.

—¿Y dónde quiere que esté? —replicó la mujer, sacudiéndose la ceniza del delantal—. Sígame, mister Moonro está esperándola.

Diciembre vaciló. Lanzó una última mirada al tejado, por encima de las tejas y los ladrillos de la chimenea. El niño ya no estaba.

Siguió con docilidad al ama de llaves por la casa, y atravesaron el amplio vestíbulo de la entrada, alrededor del cual serpenteaba la galería del segundo piso. Las paredes y la barandilla eran de un marrón cálido, como la piel de una castaña. Una escalinata de madera de cerezo bordeaba la pared del lado este y al otro extremo, detrás de unas columnas con incrustaciones, se vislumbraba un magnífico comedor.

El ama de llaves siguió hasta detenerse ante una puerta de dos batientes con unos rombos de cristal pintados como panales de abeja. Al abrirlas, se adentraron en una biblioteca que también contaba con un saloncito de lo más acogedor. Había una chimenea encendida, una

mesita y un sofá con forma de medialuna que seguía la curva de la pared.

—Puede dejar aquí sus cosas —dijo señalando un perchero entre los estantes. A continuación le dio otra sacudida al delantal y se alejó trotando.

Diciembre se quedó sola en la estancia. Dejó la maleta cosida con retazos de tapices en el suelo, colgó la capa con capucha y el sombrero amarillo y rojo con forma de merengue en el perchero y tomó asiento en el sofá de medialuna.

Observó las cortinas corridas ante las ventanas, con dibujos de pinzones y petirrojos posados en unas ramas. Con la mirada recorrió la lámpara de pie, el globo terráqueo dorado, el taburete decorado con borlas… Casi no reparó en el hombre que se había sentado frente a ella.

—¿Mister Moonro? —preguntó desconcertada. ¿De dónde había salido?

El hombre asintió, pero no se dignó a mirarla. Llevaba un elegante traje azul noche y una barba gris y poblada que le subía hasta las sienes, como los penachos de humo que salen del hornillo de una pipa. Con el dedo índice, largo y huesudo, hojeaba unos folios plegados en acordeón.

—Sin duda, su currículum es el más largo que he recibido nunca, miss Diciembre —dijo mister Moonro.

—Muchas gracias.

—Me temo que no es un cumplido.

Diciembre apretó los labios y recorrió las piernas con las manos hasta tocarse los dedos de los pies. De ese modo, esperaba encogerse aunque fuera un poquito.

—Veo que ha tenido innumerables trabajos en los últimos dos años, la mayoría durante un tiempo, digámoslo así, limitado —prosiguió el hombre, y se detuvo a reflexionar acariciándose la barba de humo. Fue como si de las mejillas le salieran ovillos de lana que luego absorbían las brasas de la chimenea.

—Bueno, hubo algunos imprevistos… En fin, impedimentos —murmuró ella, tratando de concentrarse. Mister Moonro levantó la mano para pedir silencio.

—Vendedora de billetes de tranvía de las tres a las cinco de la tarde. Del mismo día.

—Es que el rollo de los billetes se atascó y salió rodando, y entonces…

—Limpiabotas. Dos días —volvió a interrumpirla mister Moonro.

—No me dijeron que había que cepillar antes de sacar brillo, si lo hubiera…

—Florista. Tres días.

—Eso sí que fue una injusticia, las flores aún tenían casi todos los pétalos…

—Ni siquiera sabía que existían algunos de sus trabajos: vendedora de fresas, decoradora de encajes en una tienda de mariposas, afinadora de cajas de música, encuadernadora de libretos de ópera, falsificadora de mapas de carreteras… Este último me intriga mucho. ¿De qué se trata?

Diciembre se inclinó hacia delante y le hizo un gesto para que se acercara.

—Bora Boulevard en realidad no existe —susurró.

Mister Moonro hizo una mueca y siguió rebuscando en la trayectoria profesional de Diciembre.

—Según leo aquí, se crio en un circo. Tiene quince años y hace dos que llegó a la ciudad para buscar trabajo.

Diciembre asintió.

—Seré sincero, miss: no tiene referencias ni competencias y, además, es muy pero que muy joven. ¿Sabe al menos cuál es la regla número uno de una niñera?

Diciembre reflexionó un momento. ¿Tal vez saber cocinar? No, para eso estaban las cocineras o las amas de llaves. ¿Contar cuentos? Podían hacerlo los padres o los hermanos mayores de los niños, si tenían la suerte de tenerlos. ¿Enseñar el abecedario? Los profesores, claro, no había pensado en los profesores…

—Pues yo…

—En fin, después de todo, no creo que sea la persona que estoy buscando. De todas maneras, muchas gracias por haber venido —dijo mister Moonro. Al levantarse, quitó el dedo índice de la hoja y procedió a señalarle la puerta. Luego le dio la espalda y fue a sentarse a un escritorio de caoba al fondo de la sala, dispuesto a volver a sus asuntos.

Diciembre se levantó decepcionada, con la falda arrugada por el lado en que había estrujado la tela. Indignada, se dirigió a la puerta para recoger la maleta y la capa colgada del perchero. Sin embargo, del sombrero rojo y amarillo con forma de merengue no se veía ni rastro. Se quedó horrorizada al descubrirlo en el anaquel más alto de la biblioteca. ¿Cómo había acabado ahí? La escalera de madera no llegaba siquiera a la mitad de la estantería y, por si fuera poco, se había quedado atrapada entre el reposapiés, la lámpara y el globo terráqueo dorado.

—¿Aún sigue ahí? —preguntó mister Moonro mientras garabateaba algo sobre una pila de documentos.

—Mi sombrero —dijo Diciembre señalando el anaquel más alto.

—Adelante —se limitó a responder mister Moonro.

Si hubiera sido el sombrero rojo de las setas de cera, o incluso el amarillo de los girasoles, los habría dejado allí para que se marchitaran entre los libros, pero ese era su sombrero preferido.

Diciembre se recogió la falda con las manos, tomó impulso y saltó. Apoyó el pie derecho en el reposapiés acolchado, se agachó hacia un lado y volvió a saltar. Aterrizó con el pie izquierdo en la escalera y se sostuvo con el derecho sobre la lámpara. De un último salto alcanzó el globo, se puso de puntillas y dio una vuelta sobre la esfera dorada hasta rozar el borde del sombrero con la punta de los dedos. Lo agarró y saltó al vacío. La falda se le hinchó como una nube alrededor de las caderas y Diciembre aterrizó con suavidad a los pies de la estantería.

—Que tenga buen día —exclamó satisfecha, calzándose el sombrero en la cabeza.

—Está contratada.

—¿Cómo dice?

Mister Moonro se puso en pie de un brinco, se dio la vuelta y se acercó a Diciembre, que estaba justo al otro extremo de la estancia.

—¿Aún le interesa el trabajo? —preguntó escudriñándola con unos grandes ojos grises.

Quizá lo habían impresionado los buenos modales, el tono claro y decidido con que le había deseado un buen día. O quizá había sido su buen gusto: después de todo, el sombrero rojo y amarillo con forma de merengue era una pieza única en su género. Diciembre asintió sin llegar a creérselo del todo.

—Muy bien, miss Malhoney le enseñará su nueva habitación. ¡Nidia! —llamó mister Moonro con unos golpes en la puerta. La misma mujer de antes apareció en el umbral sacudiéndose el delantal manchado de ceniza.

—Mister Moonro, hace un rato, antes de entrar… He visto a un niño en la chimenea —dijo Diciembre antes de seguir al ama de llaves por el pasillo.

Entonces el hombre esbozó una ancha sonrisa, una medialuna resplandeciente entre las nubes grises de la perilla.

—Me alegro de que ya se hayan conocido.

SUISEN, EL GATO DE GORÔ



En un armonioso tejido de referencias y correspondencias, Aki Shimazaki ahonda en heridas de la infancia nunca cicatrizadas. Al frente de una próspera empresa fundada por su abuelo, Gorô está casado con una mujer de buena familia y es padre de dos hijos, para los que tiene claras ambiciones.
Tiene dos amantes, se rodea de importantes clientes en bares y exhibe con orgullo fotos suyas con celebridades. Aun creyendo que siempre merece más, Gorô piensa que ha tenido éxito en la vida. Sin embargo, el día en que sus convicciones se tambalean una a una, se ve obligado a mirarse francamente al espejo, probablemente por primera vez.

Aki Shimazaki. Novelista y traductora canadiense de origen japonés. Se mudó a Canadá en 1981, y ha vivido en Vancouver y Toronto. Actualmente vive en Montreal, donde enseña japonés. Escribe y publica sus novelas en francés desde 1991.